



ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

— DIRECTOR · PROPIETARIO —

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE SEPTIEMBRE DE 1923

AÑO IV.

Número 64



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



VENCEDORA ~
DE TODAS LAS PIS-
TOLAS NACIONALES Y ~
EXTRANGERAS EN CON-
CURSO CELEBRADO ~
POR EL MINISTERIO
DE LA GUERRA ~

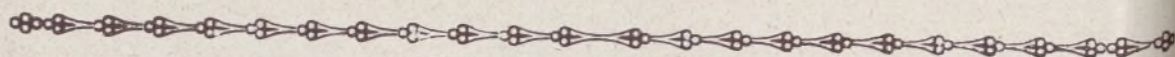
ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL
FABRICANTES: { GUERNICA ~
ESPERANZA Y UNCETA. { (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL { A. V. D. BERNABÉ ~
MAYOR 86 MADRID ~

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **Fajas de Justo**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

Disponible

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajerías, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

un buen jinete

hace un buen
Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGE
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Anuncios "Les Tirolenses"

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómulo)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 petas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartitas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO

MAYOR, 29
Teléfono 2485 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, taponeros y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanailla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. - Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. - MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía, y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERÁ DE LAS VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA EN EL NEGOCIO PUEDEN PROPORCIONARLE



Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEROE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

Grandes Almacenes de

SALVADOR DELTELL

(Casa del Valenciano)

CONSTRUCCIÓN DE TODA CLASE DE CORREAJES Y EQUIPOS DE CABALLO PARA EL EJÉRCITO
COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE DESECHOS MILITARES EN CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA

Ribera de Curtidores, 18

MADRID

Se pagan altos precios

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, gargaras, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

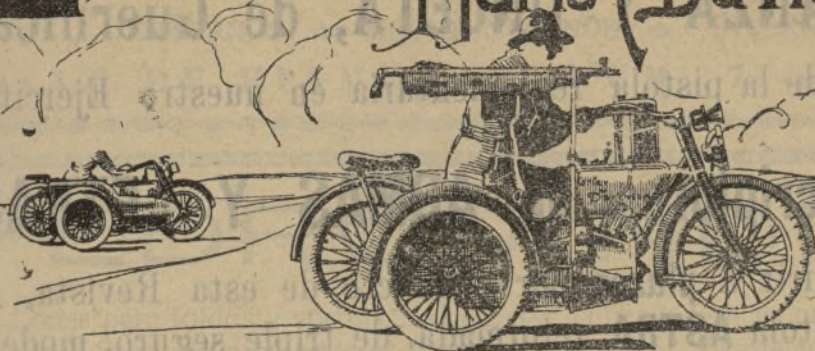
RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

RESERVADO PARA LA
PIANOLA "AEOLIAN"

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

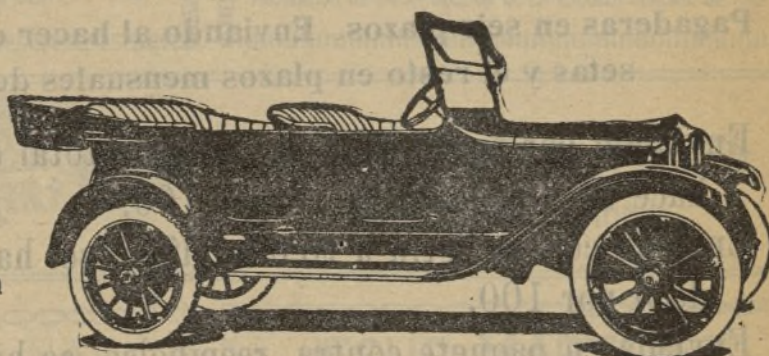
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para foldos y cortinas.—Lenceria, cuties y terlices para colchones.—Saquerio para envases de lanas y cereales.—Cordeleria y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos. Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

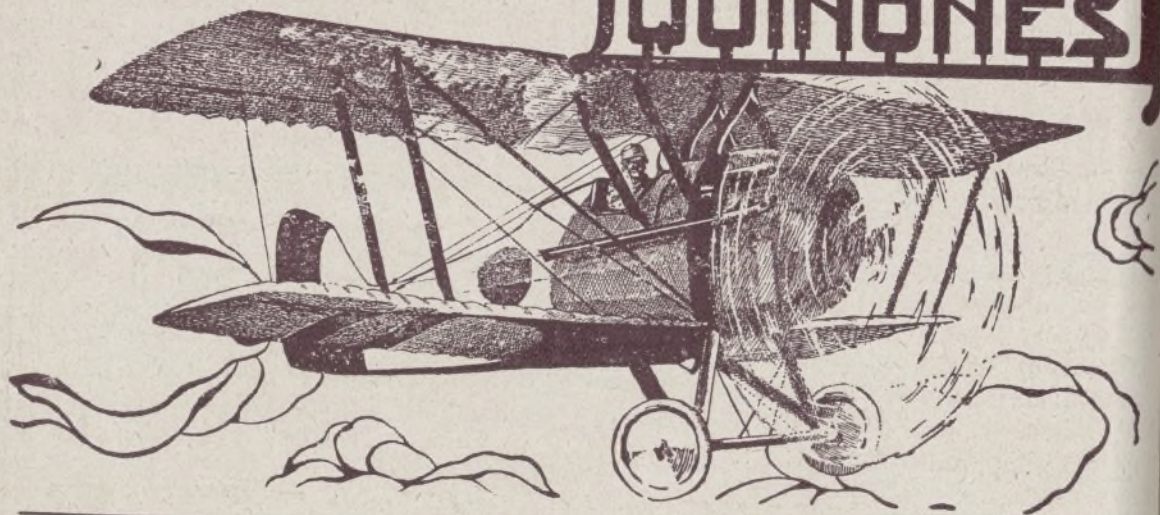
CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
Kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

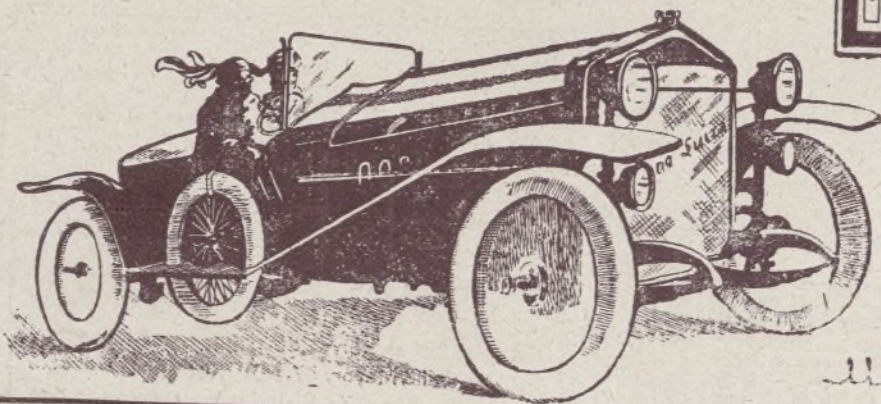
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



Gráfica Universal, Princesa, 14. MADRID



ENTRE JUAN Y PEDRO

—Deja que t'empente, maño; hi pensao muchas veces, si nos golveríamos a ver; conta, conta, qu'has visto por esas tierrucas de Beni-Said.

—Pos mira; con dos u tres perricas, está bien pagao, too lo que ví... ¡ridiez que tierra éstal... una barrancada y otra y dale, sin un arbol... lo que es si de aquí hemos de sacar algo...

—¿Te paece poco sacar la pelleja?

—Ya pué que tengas razón.

—Ascucha ¿se pusieron mui contentos los que sacasteis del encerraio ese de Tufarín?

—Mesmamente que si les hubían tocao tres u cuatro gordos.

—¿Tan mal estaban?

—No, entoavía no estaban mui mal; pero, es lo que decía un paisano nuestro «por algo se escomienza» estar en un puesto de estos y ver que se te van poniendo moros a la vera y que los tuyos, no puen llevarte ná, es pa pensalo.

—Ascucha, maño; ya que ibais tan bien ¿por qué no seguisteis?

—Eso icía el teniente de mi sección, cuando oyó que bombardeaban los barcos Alhucemas: que pa no seguir, no hacía falta haber gastao tantas bombas.

—¡Claro! Total ¿qu'había desde donde estavísteis a ese pueblo que llamas tú Ay-gue-dir?

—Como haber, aun hay la carrera de quince u veinte galgos...

—¡Bah! ¿y eso qu'es? si no se pué ir en un día se va en dos u tres.

—No es tan fácil, no: hay muchos moros por allí y saben hacerse trincheras... s'han despabilao un porción.

—¡Como hay Dios!... por eso os dejaron pasar.

—Es que éramos más y aluego, como habíamos pensao pasar...

—Que lo igas maño; esa es la derecha, pensarlo y ¡arrea p'álante.

—Ice el furriel que no seguimos porque como habían nombrao otro general pa Melilla, el que mus mandaba, tuvo que golverse pa recibilo.

—Ya estará cansao el pobre señor de esos viaje-cicos.

Si que tié gracia la cosa: el otro día contaba Tasio

que'un soldao andaluz que está de ordenanza en la comandancia, estaba un día limpiando unas botas y al ver pasar un paisano le dijo que no podía hacerle caso, porque a lo mejor, tenía qu'irse a España el general, antes de que acabara de limpiarlas...

—Eso es una andaluzá...

—Si es que las botas eran d'un general qu'acababa de llegar.

—Amos, anda, exagerao.

—Yo lo que te digo es qu'el otro día, si el general que iba con nusotros, hubiá seguí, les damos un empentón.

—Siempre hay tiempo pa eso.

—Sí; agora, tan y mientras que va por allí el qu'ha llegao y ve aquello y le gusta, ya s'han colao los tíos de Mahoma, pa que no pasemos... no li des güeltas: muchos empentones pequeños, causan mucho más qu'uno de primera, que te quite d'álante al que t'estorba.

—No vas mal, no: pero hay que creer que esos señores, cuando van y vienen, sabrán lo que se hacen.

—Sí que lo sabrán, pero, me paece a mí que los moros tamién lo saben ¿tú crees que más mejor qu'haber ido a sacar a esos de la ratonera no sería que no los encerrasen?

—¡Digo! si t'has despabilao tú en estos días.

—Tómalo a chungas... ya verás el día que nos encierren aquí.

—Como que no hay más que encerranos.

—En cuantico que quieran ¿nó ves que no podemos provocalos? güeno que no les dejemos, por ahora, metese en nuestra casa, pero incomodarlos, no...

—Y ellos, cuando quieran, a incomodanos a nosotros ¿verdad?

—Ellos están en su casa.

—Oye, pos si sobramos, ámonos...

—Eso mi escriben a mí del pueblo...

—¿Qué mus vayamos?

—Y aquí ¿quién se va a quear?

—¿Pa qué quieres que se quée nadie?

—¡Otra! pa guardar too esto.

—Si es de ellos, ¡qué se lo guarden ellos!

—No señor, no es d'ellos.
 —¡Atiza! de modo que la casa no es del amo...
 —Si que lo sera, pero nusotros tenemos que estar drento, porque nos lo han mandao.
 —¿Drento o en un rinconcico?
 —En toos los cuartos...
 —¡Chócala! mejor dicho que si lo hubiá dicho el veterinario de mi pueblo qu'es mui lefo.
 —Déjate de chuffainas que la cosa es seria.
 —Ya lo sé: pero si los que deben tomalo en serio, no lo toman ¿qué vamos a hacer tú y yo y los demás?
 —Pos mira; algún día tendremos qu'hacer algo, porque asín como estamos, yo, sin querer m'acuerdo del burro del tío Lesmes de mi pueblo, que toos los días viene del monte cargado de yerba pa los abríos y él no la cata.
 —¡Es que se te ocurren unas comparanzas!... ya nos han llamao borricos a toos.
 —Si no lo somos y hacemos parejo que si lo fuéramos, más pior.
 —Agora, pué que lo arreglen como tú ices esos que vinieron a ver lo que era esto: aspera un poco, no seas ansioso.
 —Asín decimos hace la mar de años y mientras, por no tener una de hombres de los que no reolan, aquí dejo tres, allí cuatro, allá no me dejan entrar y...
 —Ten pacencia qu'alguna vez s'acabará hombre; siempre no va a durar...
 —Pero como quieres que s'acabe, si no queremos acabalo.
 —¿Qué no queremos?
 —Tú y yo y unos cuantos, sí, pero otros, no, y como puén más.
 —No sé por qué han de poder más ¿es qu'es mejor lo que ellos quieren?
 —Icen que sí: que d'aquí no hemos de sacar na: qu'esto no es más que un camposanto, que...
 —Sí: too eso es verdad, pero es por hacer como los críos: si hiciamos las cosas...
 —Deseguida sales con esas.
 —Es que m'encocora eso de que too el mundo quia saber lo qu'aquí pasa y lo qu'hay qu'hacer y ni Dios haga nada... oye, y los que nos mandaron venir aquí ¿no podrían venir ellos?
 —Paece mentira qu'un maño diga eso... ¿te que-

darías conforme con que otros vinieran a hacer que tú no pudiste?
 —Es que si yo podría ¡reconcho! que me dejes verás... ¿quién va a poer hacer na, con el tira y afloja este? que hoy un paisano, que mañana un general, que salgamos, que no andemos más, que p las güenas, que...
 —Denguno lo ha entendío como el gacho de la crin.
 —¿Qu'ha hecho?
 —Pos s'ha buscao una casica allá abajo aonde están los franceses y ¡al pelo!... ¿qué le dan tortas s'acogota allí y como no podemos seguile, es parajo que cuando una liebre te se mete en un campo cercao.
 —Sí, que le van a dejar los franceses...
 —¡Anda! y hasta pué que le pongan un tren d'eso que llaman de especialidaz.
 —¡Recontra! si será que... no, no pué ser...
 —Vaya si pué ser...
 —Pero tú que sabes lo que yo pensaba.
 —¡Que sí lo sé! como que no te conózco... ya estabas rumiando que si alguno gana perras u no la gana y que dimpués de un siglo...
 —¡Calla, maño, calla!... que me paece sentir los pasos del tío Jorge y de la señá Casta... deja en paz a los muertos...
 —Pero ¿es que yo he nombrao dengún defunto?
 —A veces, no se pué remediar... tan mentan vivo y vas, y t'acuerdas d'uno que ya murió... son cosas de la fantería que tié uno... ¿qué le vas a hacer?...
 —Pos mira ¿t'acuerdas como escomenzaron esas cosas qu'has nombrao al recordar a los muertos?
 —¿Qué si m'acuerdo? más de lo que te figuras... muchas veces, cuando estoy solico...
 —¡Alza! que se te va a quemar la paella hombre...
 —Quemar... ¿creerás tú que la lumbré quemó hoy?...
 —Tíes razón: agora, pa quemase...
 —Como siempre maño, no hace falta más que rescoldo, sóplalo bien...
 —¿Y si la leña está mojá?...
 Pos que mos... anda... vete por ahí, que t'hace falta refrescate.

Por la taanscripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.



I

La noticia de que aquel honrado y vulgar apellidado de Rodríguez que había llevado siempre no era el suyo, y de que le correspondía nada menos que el muy ilustre de Guevara de Silva, le produjo al pobre pintor de puertas el efecto de un mazazo descargado sobre el cráneo de improviso. La nueva era tan estupenda que le anonadó, y necesitó ver en su casa el notario para convencerse de que no padecía una pesadilla terrible. ¡Cómo! ¡El que se creía nacido allí, en la humilde guardilla, a la luz



del día, de los amores castos de dos artesanos, que con la abnegación de todos los desheredados compartían resignadamente su escasez, entre las risas de felicidad de una miserable menestrala que se consideraba rica con su niño, y resultaba ahora venido al mundo en un hotel alquilado en país extraño al de la mujer seducida para ocultar su falta, en las sombras del misterio, de la pasión voraz de dos seres unidos acaso sólo por una torpe y pasajera lascivia entre las inquietudes de una infeliz atenta a que no quedase rastro de su caída para volver al mundo con la máscara puesta!...

Pasado su estupor, con un sollozo en el pecho, que se hinchaba y crecía como una ola próxima a romperse, sintiendo en el alma el escozor de una herida que manaba sangre, habló con sus padres adoptivos y les exigió la verdad desnuda por cruel que fuera. El desgraciado matrimonio, otro pobre pintor de brocha gorda, al que él debía las enseñanzas del oficio, y una sencilla e ingenua planchadora, resistieron cuanto les fué posible a la confianza, no queriendo ser ellos mismos los que des-

corrieran el velo que cubría la triste infancia del muchacho.

—Yo les agradezco a ustedes esa piedad—les dijo el joven;—pero es inútil. ¿No sé ya la verdad? Pues quiero conocerla con todos sus detalles.

No se convencieron ni el marido ni la mujer; escucharon con la cabeza baja, él dándole vueltas confuso a la gorra, y ella llorando hilo a hilo. Representaban ambos en aquel sombrío drama de familia la parte generosa y noble, y parecían, por el contrario, los culpables, en fuerza de compasión por la criatura a quien habían criado en su hogar.

Al cabo, pregunta por pregunta, acosando a sus padres adoptivos, pudo reconstruir el pasado y supo que, realizando su nacimiento clandestino, quizás sin tiempo para recibir un solo beso de su madre, fué depositado en el torno de la Inclusa, que dado a criar fuera del establecimiento a la planchadora que acababa de perder un hijo, cobróle ésta tanto cariño, que no quiso devolverlo a la casa y se quedó con él, prohibiéndolo en debida regla el matrimonio y acordando ocultarle la verdad de su origen, para evitarle la tristeza y el rubor de su desgracia cuando llegara a grande y se hiciera un hombre; una hermosa historia de abnegación, en suma, llevada a cabo con ese santo heroísmo del pobre que acomete los mayores sacrificios por enjugar unas lágrimas que nada le importan y que no ha contribuido a verter.

¡Castos, hambres, angustias, toda una serie de dolores sufridos con paciencia, viendo al niño desarrollarse, colorado y rollizo como un rollo de manteca, y cuando recogían el fruto de sus desvelos, le perdían! El pobre pintor no pudo despegar

a lengua, y de que sus padres concluyeron su confusión, les abrió sus brazos, en los que ellos se precipitaron, balbuceando:

—¡Quien había de decirnos que nos quedaríamos sin tí!

II

Resultó una escena imponente. Reconocido el hijo, el padre quería verle, y le llamó a su palacio. El pintor acudió indiferente y sereno, sin odios, pero sin amor al hombre a quien debía la existencia. Este nombre de padre, cayendo de pronto sobre él desde la opulencia, no le decía nada al alma; le sonaba a hueco. El cariño filial no se injerta, se siembra. Una mañana fué, pues, allá el pobre muchacho, acompañado de los artesanos, que no quisieron dejarle solo.

Él únicamente llegó hasta la alcoba de su padre. Los artesanos se quedaron con el mayordomo del señor en una pieza cualquiera, encogidos, sin atreverse a respirar fuerte, dispuestos a andar de puntillas, aturdidos por aquellas alfombras en que se hundían sus pies, por aquellos espejos en que se veían, por aquel lujo. El pintor entró en el dormitorio de su verdadero padre, laténdole con fuerza el corazón. ¡Al fin la naturaleza hablaba, aunque con voz débil! Un hombre en la madurez de su vida, que debió de ser apuesto y guapo, pero que era ya una ruina, aguardábale medio levantándose en un sillón, en el que permanecía siempre clavado por la gota.

El pintor contempló a su padre con profunda lástima y adivinó en él en seguida al calavera impenitente, envejecido antes de tiempo, al D. Juan eterno, arrollado a la postre por su mismo libertinaje, viendo la muerte próxima y queriendo a última hora, ante el precipicio a que voluntariamente había corrido, reconciliarse con Dios, ponerse bien con su conciencia. La postrer esperanza del muchacho, de ser al menos fruto de un amor contrariado, se desvaneció en el acto. Resultaba doblemente hijo de la sensualidad.

—¡Hijo mío!—exclamó.

El pintor se dejó abrazar y abrazó, pero a su pesar resultó frío, y un supremo desaliento se asomó al rostro de su padre; vinieron después las explicaciones, las historias, los secretos revelados, todo un mundo de lágrimas y de miserias, de otras miserias hediondas y en nada parecidas a las transparentes de la guardilla. La sociedad el respeto debido a blasones y apellidos ilustres siempre limpios, una porción de disculpas del nefando delito; perpetrado en la sombra y continuado en la sombra, para salvar el honor de una mujer que ya no existía, que se hundió en la tumba inmaculada en la



apariencia, porque las manchas de la conciencia no las ven los demás... El muchacho oyó en silencio, agradeció el reconocimiento, más impuesto quizás por la muerte, por el miedo al castigo eterno, por las mordeduras del arrepentimiento, que por el amor; agradeció el nombre y la fortuna, pero manifestó su propósito inquebrantable de continuar lo mismo que hasta entonces. Fueron vanas las súplicas del enfermo, sus lágrimas. Él vendría a verle, estaría siempre a su disposición... le querría y afirmó esto con gran trabajo, haciendo una violencia horrible, por caridad. Su padre comprendió que todas sus instancias se estrellarían ante aquella voluntad de acero, y dejándose caer en la butaca, murmuró con desesperada amargura:

—¡Es justo!... ¡Es mi castigo!

Había concluido la entrevista. Despidióse el pintor del aristócrata y salió de la alcoba, reuniéndose con los artesanos que, llorando en silencio, con disimulo le preguntaron anhelantes:

—¿Qué?

El pintor no les contestó nada al pronto. Les hizo salir del palacio, y ya en la calle les dijo con infinita ternura:

—¿Qué?... ¡Pues que no lloren ustedes más, que yo no me separaré nunca de su lado!... ¡Que yo no tengo más padres que los de la guardilla!

DEL TIEMPO

:: VIEJO ::

UNA AVENTURA DEL CONDE EVREUX

UN DUELISTA

:: SINGULAR ::

De las Memorias del conde de Evreux copiamos esta aventura:

«Cuando yo era mosquetero estaba un día en la ópera con algunos compañeros. Tenía precisamente delante un viejecillo que me ocultaba la mayor parte del escenario con su descomunal peluca.

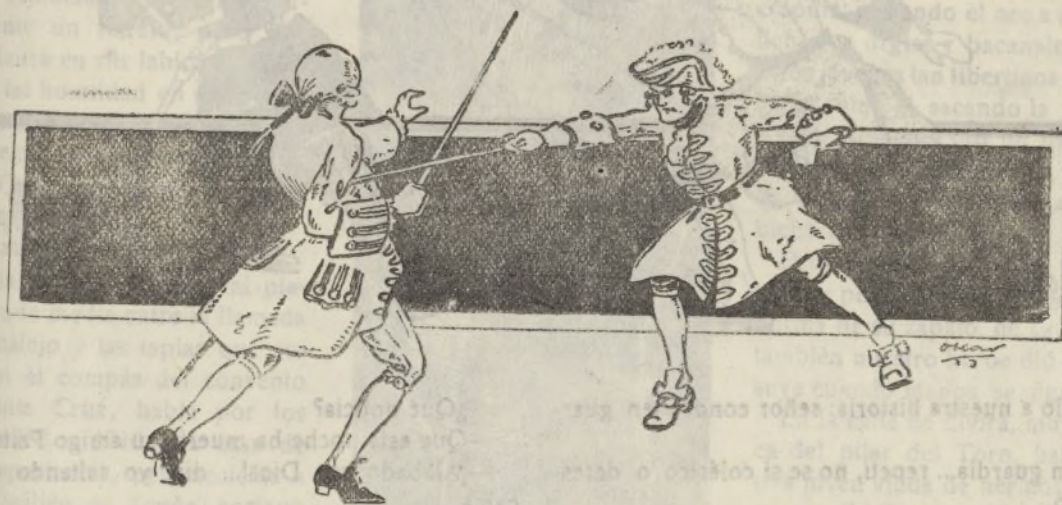
Era yo entonces joven, travieso y loco; lleno de impaciencia cometí la travesura de sacar unas tijeras y cortar al pobre anciano la parte de la peluca que me estorbaba.

Mis amigos, al ver esta operación, soltaron el trapo a reír, a punto que alarmaron el teatro con sus estrepitosas carcajadas, llamando la atención de mi

juventud y atolondramiento necesitan mucho. Es menester que el que insulta en público a un antiguo militar, sepa batirse; vamos; vamos... ¡en guardia!...

No contesté una palabra; estaba tan furioso, que me lancé sobre él como un loco. El viejecillo ni siquiera se conmovió; firme como una estatua de marmol, respondió a todos mis ataques, haciéndome soltar el sable a diez pasos.

—Tómelo usted otra vez, caballero, me dijo con glacial indiferencia, y no se bata usted como los saltimbanquis, sino como un caballero; sereno, y pie firme... En guardia otra vez...



víctima, que con una amable sonrisa en los labios se acercó a mi oído, y me dijo:

—Espero de usted un nuevo favor.

—¿Cual? pregunté yo riéndome.

—Que a la salida me espere usted en la puerta, y tendré el honor de que me corte el otro lado de la peluca, para que queden iguales.

Estas palabras fueron acompañadas de una risa tan sarcástica, y pronunciadas con tal entonación, que se me quitó la gana de reír. No creo haber dado nunca prueba de cobardía; pero la mirada del viejecillo era de tal naturaleza, que estuve muy disgustado toda la noche.

Se terminó la función. El caballero de la peluca me hizo una seña, y le seguí; recorrimos algunas calles, y cuando llegamos a los arcos de Louvre, me dijo:

—Señor conde, he sido amigo del padre de usted, y solo quiero dar a usted una lección, que su

—Tiene usted razón...

Entonces procuré contener mi furor, y me defendí como pude.

—¡Bien, señor conde, bien; así me gusta! decía aquel demonio desapiadado, jugando, puede decirse, conmigo. Después gritó:

—Basta por hoy... concluyamos...

Y al decir esto me atravesó el brazo de parte a parte.

Semejante situación era horrible. Lo peor de todo es que yo no tenía razón.

Envainó su espada, me sujetó la herida con un pañuelo, y encargó al cochero que nos condujese a los mosqueteros de la calle de Beaume, en cuya puerta se despidió de mí.

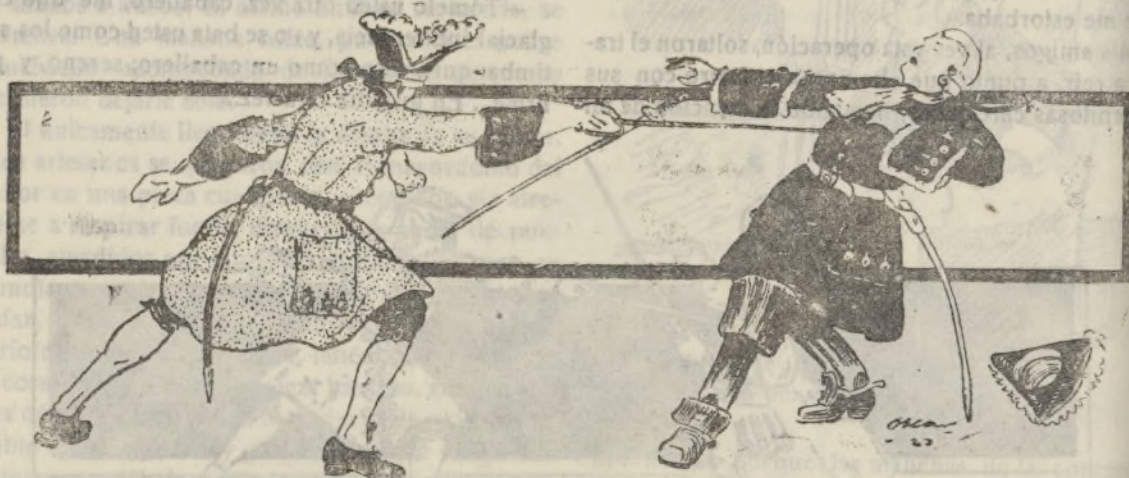
Mes y medio duró la curación de mi herida. Al cabo de este tiempo me levanté, salí de casa a los ocho días, y me dirigí hacia el café de la Regencia en busca de mis amigos.

Entré; pero aún no había dado un paso cuando vi a mi lado al viejecillo de la peluca, que poniéndose el dedo en la boca, recomendándome silencio, se acercó a mí, y me dijo:

—¡Pchs! ¡pchs! sígame usted,...

No recuerdo lo que entonces pasó por mi imaginación; tuve intenciones de aplastarle; pero me contuve, y le seguí. Llegados a los mismos arcos, dijo:

—Señor conde, ha contado usted nuestra aventura, y se ha divertido usted un poco a mi costa; no soy enemigo de las bromas, y para que no pierda usted la ocasión de reirse, añadamos un segundo



capítulo a nuestra historia: señor conde, ¡en guardia!...

—En guardia... repetí, no se si colérico o desesperado.

Nos batimos; pero era tan notable la superioridad suya, que solo el pundonor me detenía la espada en la mano. Me desarmó, y me hirió.

Esto era por Navidad: en Carnaval me hirió por tercera vez, y en Pascua la cuarta.

El maldito viejo era mi pesadilla, mi verdugo, mi no sé qué. Creo, Dios me perdone, que llegué a tener miedo de salir a la calle, pues se me figuraba verle en todas partes.

Ya no iba al café, ni al teatro, ni siquiera al paseo, por temor de encontrarme a mi amigo Psits, como le llamaban mis compañeros.

La suerte, por fin, se compadeció de mí,

Una mañana que estaba yo acostado a las doce

del día, por miedo de encontrarme en la sala a mi enemigo, se abrió la puerta del gabinete, y entró mi ayuda de cámara.

—Señor conde, me dijo, un joven trae no sé qué recado del caballero Psits.

El corazón me dió un vuelco en el pecho al oír este nombre.

—¡Un recado suyo!... ¿es decir que me busca hasta en mi casa?...

—Señor conde, señor conde, soy yo, dijo el mozo del café entrando; soy yo, que vengo a pedirle albricias por la noticia que le fraigo.

—¿Qué noticia?

—Que esta noche ha muerto su amigo Psits.

—¡Alabado sea Dios!... dije yo saltando de la cama.

—Pero ha dejado para vos esta carta.

Abrí la carta con ansiedad, y leí lo siguiente:

«Señor conde, vuestro padre fué un valiente, y fué mi amigo.

Yo le prometí, cuando murió en la guerra, hacer de vos otro valiente, si tenía la dicha de encontraros.

Os he dado varias lecciones, y creo haber realizado mi promesa.

Podeis batiros ya sin miedo con el más diestro tirador: muero contento, y pensando en vos..

El General Gramunts».

El guardian de San Francisco

por SALVADOR PEREZ-MONTOTO

En la sacristía del convento de Santa Cruz de Granada, hoy parroquia de Santa Escolástica, veíase hace algunos años un lienzo ya bastante oscuro y deteriorado, pero que a pesar de todo dejaba adivinar la destreza del pincel que lo creó.

Aquel cuadro, como otros muchos de los que pasan desapercibidos ante los ojos del viajero que visita los monumentos granadinos, tiene su historia particular. Representa un anciano religioso de la orden de San Francisco, de ojos hundidos, pómulos salientes, nariz aguileña y demacrado semblante. Es pura y simplemente un retrato; pero hay tal dulzura en sus labios descoloridos, tal humildad en sus ojos y tal misticismo en todo su conjunto, que muchos han creído ver en él una efigie del santo fundador de aquella orden.

He aquí su historia:

En la estrecha y desigual plazuela que media entre la llamada del Realejo y las tapias que rodeaban el compás del convento de Santa Cruz, había por los años 1708 a 1710 una casa de gran apariencia, perteneciente a don Guillén de Acuña, anciano caballero que había ocupado uno de los mejores puestos en la corte del rey don Carlos II; pero a la muerte de aquel débil monarca, no quiso mostrarse partidario del duque de Anjou, y unido esto a encontrarse cansado de las intrigas palaciegas, retiróse a Granada, su patria, para dedicarse por completo a la educación de su hijo único, y, por lo tanto, heredero de su ilustre nombre y su pingüe fortuna.

Pero al cabo de algunos años pudo convencerse el bueno de don Guillén de que había perdido lastimosamente el tiempo; pues en la época a que nos referimos, el joven don Andrés de Acuña, que era ya un apuesto mancebo, bien por efecto de su na-

tural carácter, bien porque la misma educación recibida hubiese halagado su vanidad y amor propio, era uno de los jóvenes más desenfrenados de la ciudad, habiendo ya creado fama con sus continuas pendencias y locuras.

Débil el padre para contenerle, satisfacía todos los caprichos del hijo sin atreverse a sostener con él una polémica seria, y raro era el día que no tenía don Guillén algún entuerto que enderezar o agravio que desfavor.

Mientras tanto don Andrés continuaba su vida de disipación y crápula, gastando el oro a manos llenas en orgías y bacanales con otros jóvenes tan libertinos y procaces como él, sacando la tizona a cada momento por un quitame allá esas pajas, y teniendo, como quien dice, en un puño a todo bicho viviente.

Pero como al fin y a la postre no hay persona que no dé con la horma de su zapato, hé aquí que también nuestro heroe dió con la suya cuando menos se figuraba.

En la calle de Elvira, muy cerca del pilar del Toro, habitaba una joven viuda de hermoso rostro y gallarda presencia, y hubo que prendarse de ella don Andrés y pasear su calle, sin considerar que aquella dama tenía un amante a quien no había de gustar ver moros en la costa. Resultó, pues, lo que era consiguiente; riñeron ambos rivales delante de la casa de la bella, y con tan negra fortuna aquella vez para nuestro joven, que cayó al suelo mortalmente herido y fué conducido a su casa sin esperanzas de vida.

Don Guillén rabió, se mesó los cabellos, puso en juego cuantos medios le sugirió su mente para castigar al agresor; pero todo fué inútil. El rival de don Andrés, que se llamaba don Juan de Maldonado, e estaba agarrado a buenas aldabas, y como ade-



más de esto, nadie sentía el percance ocurrido porque no había quien no tuviese motivos para profesar a nuestro galán odio y mala voluntad, se echó tierra sobre el asunto.

El joven no murió de aquella hecha; y aunque lenta y penosa su curación, pudo al fin ponerse de pie y prepararse para nuevas aventuras.

Entonces empezaron de nuevo los temores, y todos compadecieron a Maldonado, porque recelaban que tarde o temprano sabría don Andrés cobrarse en la misma manera. Pero aquel no echó el aviso en saco roto, y se preparó para el caso de un nuevo ataque haciéndose guardar las espaldas cuando iba a ver a su dama.

Por su parte, don Andrés no olvidaba el agravio y esperaba con ansia el momento de vengarse; pero unas veces las prescripciones del médico, otras los ruegos de su padre, le retuvieron encerrado en la casa más tiempo del que el fogoso doncel podía soportar.

Por fin, una noche, encontrándose bastante firme y ardiendo en vengativos deseos, sobornó a un criado para que le entregara la llave de la puerta, y armándose de su tizona se lanzó a la calle, cerca de la una de la madrugada.

Atravesó con paso ligero la plaza del Realejo y la calle de Santa Escolástica; pero al pasar frente al convento de San Francisco, vió destacarse con paso lento y silencioso una sombra del pórtico de la iglesia y dirigirse al centro de la calle, como cortándole el camino. Ya hemos dicho que nuestro joven no era cobarde; así es que echó mano al puño de su espada para abrirse paso; pero la sombra siguió impertérrita, y entonces el aterrado manco observó que era un fraile franciscano, cuyos ojos despedían en la oscuridad un brillo vago y fosforescente.

Sintiose acometido de un terror hasta entonces desconocido, y haciendo la señal de la cruz emprendió la fuga lleno de pavor, sin atreverse a mirar atrás, y no paró hasta verse dentro de su casa y encerrado en su cuarto.

Pero una vez allí y recobrada la calma, entró de nuevo en él la reflexión. ¿No podría ser aquello un ardid para probar su valor? ¿Que se diría al día siguiente, cuando se supiera que don Andrés de Acuña había huído de una sola persona? Pensó además en la dama de la calle de Elvira, que estaría a aquellas horas conversando con su amante; pensó en el grave peligro que había corrido por culpa de éste... y no pensó más. Bajó precipita-

damente la escalera, cruzó el patio y el portal, abrió.

Don Andrés sintió erizársele el cabello y helársele la sangre en las venas. En la plazuela y a muy corta distancia, vió al mismo fraile de paso lento, ojos fulgurantes que avanzaba, avanzaba sin cesar hacia él.

Cerró la puerta llenó de espanto, y subiendo como un loco a su cuarto, se dejó caer en un sillón.

Otra vez entró la reflexión en su ánimo. Aquella debía ser un disfraz: tal vez era algún conocido, algún amigo que se burlaría de él al día siguiente. Era preciso saber quien era el fraile; era preciso salir de nuevo a la calle.

D. Andrés se levantó, abrió la puerta de su cuarto y dió unos cuantos pasos. Pero al mirar al fondo del corredor, vió la misma sombra, callada, trémula, silenciosa, que avanzaba sin hacer el menor ruido, sin mover un solo pliegue de su hábito.

El joven no pudo soportar aquella tercera visión, dió un grito agudo y cayó sin sentido en el pavimento,

.....
Cuando tornó en su acuerdo, era completamente de día. Se hallaba en su lecho y rodeado de varios amigos.

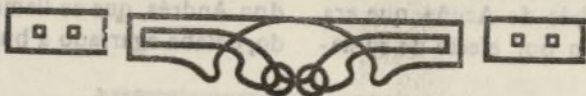
—Bien te lo indicamos ayer, le dijo uno; todavía no estás bastante firme para salir a la calle; así es que a la mitad del corredor te faltaron las fuerzas y caíste desmayado.

—Y ha sido un caso providencial, añadió otro; no sé como se enteró Maldonado de que anoche pensabas ir en su busca, y te tenía dispuesta una celada. Cuatro hombres te esperaban en la plaza Nueva para asesinarte a traición!

D. Andrés escuchaba todo esto atónito y sin pronunciar una palabra: en su frente, antes tersa y juvenil, se señalaban algunas arrugas prematuras, y en su caballera negra y lustrosa, blanqueaban algunas hebras de plata.

.....
Un mes después de aquella noche terrible, tomaba D. Andrés de Acuña el hábito en el convento de San Francisco; y fué tan ejemplar su vida, que llegó a ser guardián, falleciendo en la mejor opinión a mediados del siglo.

Este es el personaje que representa el retrato que hemos mencionado. En cuanto al suceso que motiva esta historia, no respondemos de su veracidad.



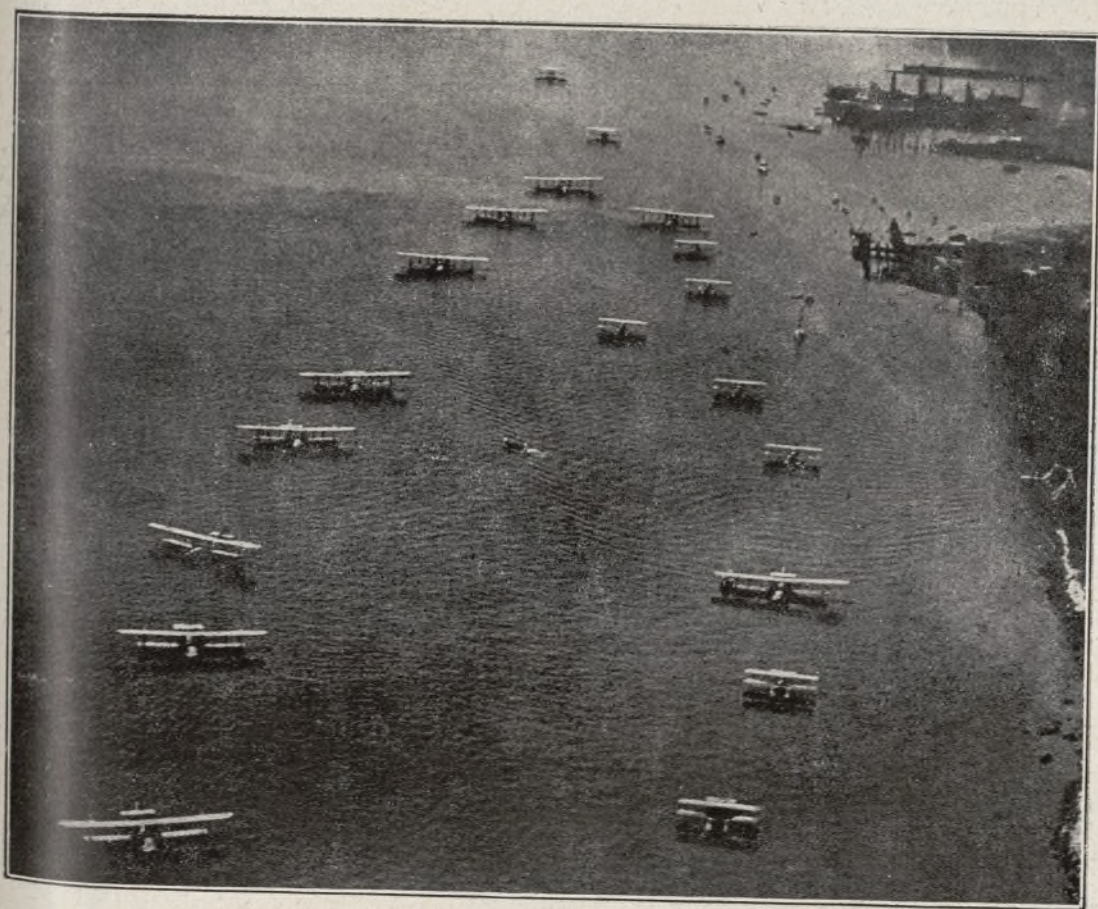
La aviación naval en los Estados Unidos

El papel importante que la aviación—y principalmente la aviación de bombardeo—puede tener en un combate naval acaba de ser particularmente puesto en estudio en el curso de las maniobras de estudio de la flota de los Estados Unidos. Una escuadrilla de veintidós hidroaviones, formando parte de la flota de defensa de la costa del Atlántico y bajo las órdenes del capitán Walter R. Gherardi, ha obtenido resultados completamente satisfactorios. Las fotografías que se reproducen muestran, por una parte, esta escuadrilla en un ataque a destroyers y por otra, esta misma, anclada en la rada de Newport.

El almirantazgo americano, aunque no se ha opuesto, en principio, al refuerzo de la marina de

guerra, estima, sin embargo, que ningún navío de superficie no está, en la actualidad, en disposición de resistir seriamente a los ataques aerianos. Experiencias hechas sobre blancos fijos, de las mismas dimensiones que un crucero de batalla moderno, confirman esta opinión; el número de blancos hechos han sido, en la proporción del cincuenta por ciento, muy superior al porcentaje de la artillería.

Puede darse una idea de los destrozos causados en los navíos por las bombas aerianas, en los ejemplos siguientes: en el acorazado *Indiana*, viejo navío de la flota americana, una bomba de 1.650 libras, cargada de 900 de explosivos, habiendo estallado entre las dos chimeneas, demolió completamente toda la obra de sobre cubierta y la parte del



En las maniobras efectuadas recientemente por la marina de guerra de los Estados Unidos, en las costas del Atlántico, tomaron parte una escuadrilla de diecinueve hidroaviones, que aparecen en esta curiosa fotografía y cuyos resultados prácticos fueron de gran éxito, demostrando una vez más su eficacia ofensiva.



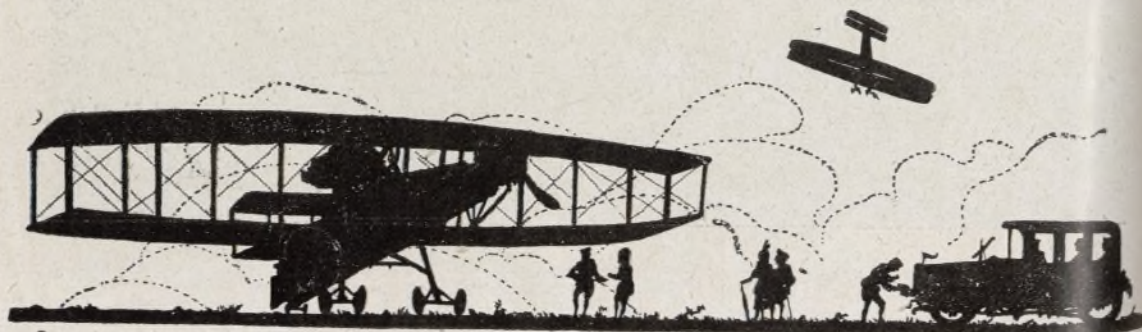
Los hidroaviones persiguiendo a una escuadrilla de torpederos que en línea de combate evolucionan para evitar el bombardeo aéreo. Las estelas de espuma en semicírculo marcan las rápidas evoluciones de los barcos para escapar a la acción de los hidroaviones.

navío situada en la proximidad del impacto; una de las chimeneas fué arrancada y lanzada sobre el puente superior; el blindaje de veinte centímetros fué hecho pedazos y una de las placas de la torre vecina arrojada al mar. A bordo del crucero alemán *Ostfriedland* los resultados han sido todavía más notables: el navío fué destruído por las bombas que devastó el puente e hizo reventar el casco.

El ministro de la aviación americana comprobó en estas experiencias que una sola bomba es suficiente para poner fuera de combate a una unidad. En efecto, las enseñanzas de la última guerra mues-

tran que un proyectil bien colocado puede causar una verdadera catástrofe. En Jutlandia, proyectiles de artillería lanzados sobre acorazados, que han caído tallado sobre el puente, imposibilitaron las maniobras de las torres, por desplomamiento de las superestructuras y de los mástiles. Las bombas de los hidroaviones, más fuertemente cargadas, hacen todavía más destrozos.

El duelo entre el hidroavión y el navío de superficie ha comenzado; él reemplaza al duelo entre el cañón y la coraza, que ha durado medio siglo. Los americanos se entrenan, ahora, en batirse con la nueva arma.



Para muchas personas en nuestro país, será una verdadera novedad el saber que aún quedan tiradores de arco, no ya en los pueblos salvajes, donde esta arma es una de las más usadas, sino en países tan civilizados como Inglaterra y Francia, y que el número de arqueros en todo el mundo pasa de 50.000.

El arco es una de las armas más antiguas de que se ha servido la humanidad. Los monumentos de Asiria y Egipto nos muestran cuerpos de arqueros tomando una parte muy activa en las guerras que aquellos grandes imperios tuvieron que sostener, y se sabe que los sármatas, los etruscos y muchos otros pueblos de la antigüedad, eran famosos por su destreza en el manejo del arco, fuera a pie o a caballo. El empleo de esta arma no decayó en la Edad Media, aun cuando las armaduras hacían menos eficaces los golpes de las flechas; en Francia había numerosas compañías de arqueros, a las que los reyes concedieron muchos y muy importantes privilegios, y los arqueros ingleses, sobre todo, conquistaron fama imperecedera desde que con sus enormes arcos, de cerca de dos metros de altura, lograron sobreponerse a la caballería feudal.

Con el tiempo creció en todas partes el entusiasmo por el arco, y en el siglo XIV, después que Eduardo III de Inglaterra creó los *arqueros de la guardia*, y recomendó a todo el pueblo la práctica del tiro con arco los domingos y días de fiesta, en lugar de las diversiones ordinarias, Carlos V de Francia fué aún más allá, y prohibió en todo su reino, bajo la multa de 40 sueldos, dedicarse a cualquier juego o diversión que no fuese tirar con arco o ballesta. Después vino la creación por Carlos VII de los *francos arqueros*, milicia que llegó a contar 16.000 individuos, divididos en cuatro compañías, y de aquí nacieron las compañías de arqueros franceses del siglo XVIII, verdaderas sociedades que, bajo el patronato de San Sebastián y regidas por reglamentos basados en principios exageradamente caballerescos, convirtieron lo que antes era arma de guerra en objeto de un nuevo deporte, que es la forma bajo la cual encontramos el arco en la actualidad. Los miembros de estas compañías llevaban el nombre de *caballeros del arco*, y juraban solemnemente llevar

una vida ejemplar y salir siempre en defensa de la mujer y del desvalido; cada compañía tenía un uniforme especial, y en ciertas épocas del año, entre otras el día de San Sebastián celebraban concursos de tiro, a los que acudían llevando al frente su bandera y una banda de tambores. El arquero que más se distinguía durante todo un año, recibía el título de *rey*, y el que conseguía conservarlo tres años seguidos, era proclamado *emperador*.

De estas compañías descienden las actuales sociedades de arqueros franceses, en tanto que las de Inglaterra proceden de las Reales Compañías de arqueros que en el siglo XVII formaban la guardia de corps de los reyes de Escocia.

Tomado como diversión, el tiro con arco resulta un deporte de los más higiénicos, menos costosos y menos expuestos a peligros, y es verdaderamente extraño que en España, donde tanto incremento van tomando los juegos extranjeros, no haya arraigado todavía. En la Gran Bretaña, la diversión tiene un atractivo más, y es que, desde hace bastantes años, se permite a las damas tomar parte ella. Mu-



Los pueblos primitivos sostenían sus derechos e imponían su voluntad por medio de sus arcos, primera manifestación de las armas de guerra, en cuyo manejo eran famosos por su extraordinaria destreza

chas señoras y señoritas son diestrisimas tiradoras de arco; las segundas, especialmente, están seducidas con el talle ceñido por el cinturón de donde pende el carcaj, y el busto erguido para disparar mejor, y son pocas las arqueras que en punto a flechar corazones no dejan atrás al mismo Cupido; verdad es que para realzar la elegancia de un cuerpo bonito no hay nada como las actitudes propias de este deporte.

Hace dos siglos, los caballeros del arco tiraban al pájaro, es decir, a una figura de ave colocada en lo alto de una elevada percha; hoy se prefiere el tiro al blanco, bien esté fijo, bien se coloque en un caballete fácil de transportar, que es lo que suelen hacer los ingleses. En ambos casos el blanco se hace de cartón, montado sobre paja para que las flechas penetren sin estropearse. Se ponía siempre un blanco o una fila de blancos en cada extremo del campo de tiro. Este recibe el nombre de

jardin, y en Francia se acostumbra a poner en guardas o bastidores, a manera de los de teatro para impedir que las flechas que se desvían vayan a herir a algún espectador. Con un jardín así dispuesto, los tiradores tienen que disparar uno a uno; los ingleses suelen tirar en campo abierto, situándose una fila de tiradores frente a una fila de blancos. Las distancias a que hay que tirar varían también, según el país; mientras el arquero francés tira a 50 metros, como distancia máxima, el de Inglaterra tira a 55, a 90 y hasta 200 metros. En este último caso, toda flecha que cae dentro de un radio de 15 metros alrededor de un blanco, se cuenta por buena. Si se considera que el arco no tiene, ni con mucho, la precisión de las armas de fuego, y que un poco de aire basta para cambiar la dirección de una flecha, se reconocerá que no es tan fácil como parece colocar ésta en el sitio debido.

En 1849, un famoso tirador, Mr. Ford, hizo 245 blancos en 288 disparos; este resultado que le valió ser proclamado campeón de la Gran Bretaña, se considera como una verdadera hazaña quenadie ha logrado repetir.

Los arcos de juego son armas muy perfectas. Los de tejo son los mejores, pero cuestan muy caros, pues se necesitan cinco años y un sin fin de difíciles operaciones para poder terminar uno. Los caballeros emplean arcos de dos metros de longitud, o poco menos; los de las señoras no pasan de un metro setenta centímetros, y frecuentemente no tienen más que metro y medio. En el arco se descubre la empuñadura, que es la parte central, por donde se coge, y los dos brazos, cada uno de los cuales termina por una contera de cuerno, con una muesca para sujetar la cuerda, que es de cáñamo y debe estar siempre encerada.

Un tirador debe saber la fuerza de su arco, es decir, el esfuerzo que cuesta el tenderlo, esfuerzo que se mide por kilos. Se dice que un arco es de 15 kilos cuando dicho esfuerzo corresponde al necesario para arrastrar 15 kilos.

En cuanto a las flechas, con punta de metal o de cuerno y tres o cuatro plumas en el talón, debe emplearlas cada arquero siempre de una misma longitud y exactamente del mismo peso, pues el que anda cambiando con frecuencia jamás llegará a ser un buen tirador.



En los bosques vírgenes, ¡merced al arco, ¡daban ¡muerte a veloces y temibles animales, cuyas carnes servían de alimento, como así mismo sus pieles y sus plumas de abrigo y adorno.

Construcciones
modernas

El cemento armado
en las obras gigantes



El nuevo puente sobre el Sena, en Saint-Pierre-du-Vauvray (Eure), cuyo arco de 131 metros, de cemento armado, es el mayor del mundo.

Acaba de inaugurarse en Saint-Pierre-du-Vauvray (Francia), un puente construido con cemento armado que marca una nueva orientación en esta clase de construcciones, en cuanto a su perspectiva y a la belleza de líneas.

Este puente atraviesa el Sena, en un lindo paisaje de Normandía, constituyéndolo un solo arco de 131 metros de largo. Bate el record esta medida, puesto que los mayores hasta ahora han sido el del Tiber, en Roma, de 100 metros, y el viaducto del Misisipí, cuyo arco central es de 122.

La Sociedad Limousin, bajo las órdenes de Freyssinet, antiguo ingeniero de puentes y canales, ha sido la que lo ha construido. Dos arcos paralelos, con sección rectangular de 2'50 a 3 metros, con un espesor de pared de 30 centímetros, sostienen la plataforma de 8 metros de ancha, la cual está suspendida por barras o tirantes de acero rectangulares fuertemente acoplados.

Los mismos constructores están haciendo en el aerodromo de Orly, en la carretera de Fontainebleau, dos hangares para dirigibles militares, de cemento armado, obras más notables que el puente de Saint-Pierre-du-Vauvray. Estos hangares son los mayores del mundo por medir 300 metros de largo por 91 de ancho, con una altura de 59,30. Los hangares más grandes han sido dos americanos, metálicos, de 250 metros de largo por 47 de altura.

Según el proyecto aprobado por el Ministerio de la Guerra, los hangares de Orly han de contener

cómodamente un dirigible del orden de 80.000 metros cúbicos. Para realizar este *tour de force* en buenas condiciones económicas imaginó un plan sumamente curioso.

Los dos muros del hangar son formados por cuarenta elementos idénticos, cuya sección tiene la forma de una V. Cuando estos elementos son acoplados los unos a los otros, presentan una extructura, con sus salientes, entrantes y perfiles rectilíneos, de tela ondulada. Van atravesados el uno con el otro con tirantes horizontales, que les sujeta, siendo todos iguales con una medida de 17 metros de altura por 7,50 de ancho.

Para construir una bóveda de una sola pieza sobre estos dos muros no se puede poner en obra un arco de 300 metros de largo; el gasto hubiera sido formidable. Es preciso emplear un arco de un ancho correspondiente al de un elemento del muro, maniobrando de manera que se vayan amoldando, uno después del otro, los cuarenta arcos. El problema fué resuelto por un medio muy ingenioso.

La armadura en madera del arco, de 80 metros de abertura y peso de 120 toneladas, fué construida en tierra en tres pedazos: un tralal de 30 toneladas y dos arcos laterales de 45 toneladas cada uno. Los tres pedazos fueron reunidos «en el aire». Por medios hidráulicos han sido elevados los dos arcos laterales, por períodos de elevación de 1,30 metros, en cuyos intervalos reposaban en una cremallera de madera; después de haberles izado en el espacio

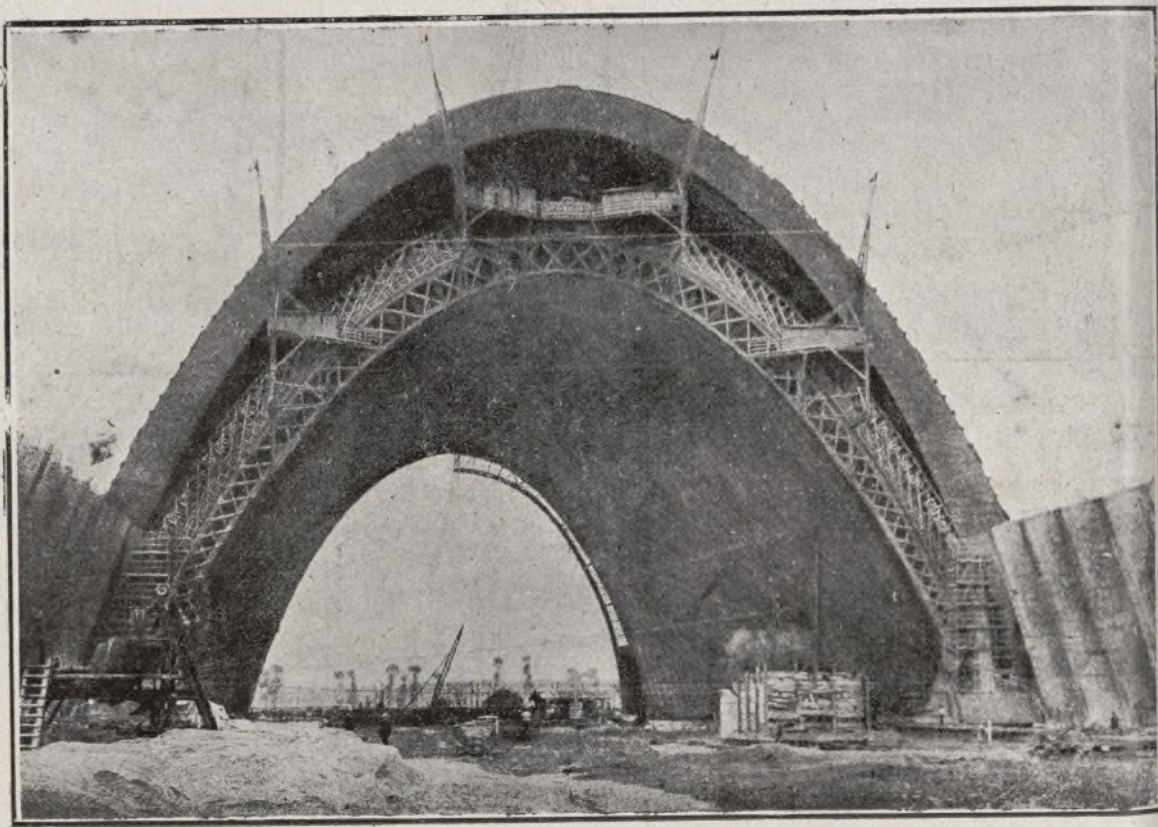
a su posición definitiva, se ha elevado el trabal. Una red de cables metálicos, con los que se podía variar la tensión a voluntad, permitía regular rigurosamente el perfil definitivo del esqueleto. Sobre este arco se han fijado los «cofres» necesarios para el moldeado del cemento. El peso total del aparato así equipado es el de 400 toneladas.

Una grúa que corre por el borde de la armadura

aparato funciona dentro del hangar, hasta el elemento sucesivo para seguir construyendo cada uno de los demás arcos.

El espesor de la bóveda varía desde 5,30 metros en el suelo hasta 3 metros en lo más alto del arco. Las partes planas y las oblicuas de un mismo elemento tienen también gruesos diferentes.

La luz del hangar está asegurada por 3.000 tra-



Bóveda de cemento armado (de 60 metros de altura) de uno de los hangares de Orly, para dirigibles militares. Se ve el arco-armadura que ha sido descendido, después de terminar una bóveda, para colocarla en la posición de la siguiente para proceder a su construcción.

permite elevar los materiales necesarios para ir llenando los «cofres» que han de formar el arco.

Una vez construido el primer arco, la dificultad está en soltar la armadura de él para ir haciendo los otros 39 que han de formar el hangar. Se ha resuelto fácilmente por un dispositivo sencillo. En lugar de reposar la armadura en los elementos del muro, en cada una de sus extremidades descansa sobre una gran plataforma de madera, soportada por dos caballetes de cemento armado, en cuyo interior funcionan unos ascensores movidos hidráulicamente. Se puede así elevar el arco-armadura hasta la altura conveniente y bajarle hasta la distancia precisa de hacerle soltar del arco construido para correrle por medio de unas vías, puesto que todo este

galuces con cristales; distribuidos por las caras exteriores de cada elemento, que corresponde a una superficie de 3.800 metros cuadrados. Tiene colocadas también linternas de aireación, cerradas en lo alto por chasis de cristal armado.

He aquí, a título de curiosidad, algunas cifras sobre la cantidad de materiales que se han necesitado para la construcción de un hangar:

Tierra, arena y piedra, 9.600 metros cúbicos; cemento armado, 11.000 metros cúbicos; cemento aplicado en la bóveda, 62.000 metros cuadrados; vidrio armado, 8.800 metros cuadrados y persianas en cemento armado, 450 metros lineales.

Por otra parte, la superficie interior de un hangar al nivel del suelo, tiene 27.000 metros cuadrados.

En el curso de una excursión puede acontecer que en una región desconocida, a través de una espesa selva o en el fondo de una cañada «nos perdamos», y mucho más, si la noche nos sorprende... No nos desesperemos por eso; he aquí más de un medio de orientarse y entrar en el buen camino.

Los medios *astronómicos* para orientarse son, puede decirse, clásicos y nos los han enseñado en la escuela primaria.

Durante el día es el Sol la guía infalible. Sabemos que sale por el Este y se pone por el Oeste; sabemos, también, su carrera y la posición alta que ocupa al mediodía, posiciones que han servido para utilizar los relojes de sol.

Durante la noche la Luna es la que sirve, en sus fases diversas, para guiarnos, ya que su marcha es, igualmente, de Este a Oeste, como también algunas estrellas o constelaciones, como la Osa Mayor y la Menor o Carro de David.

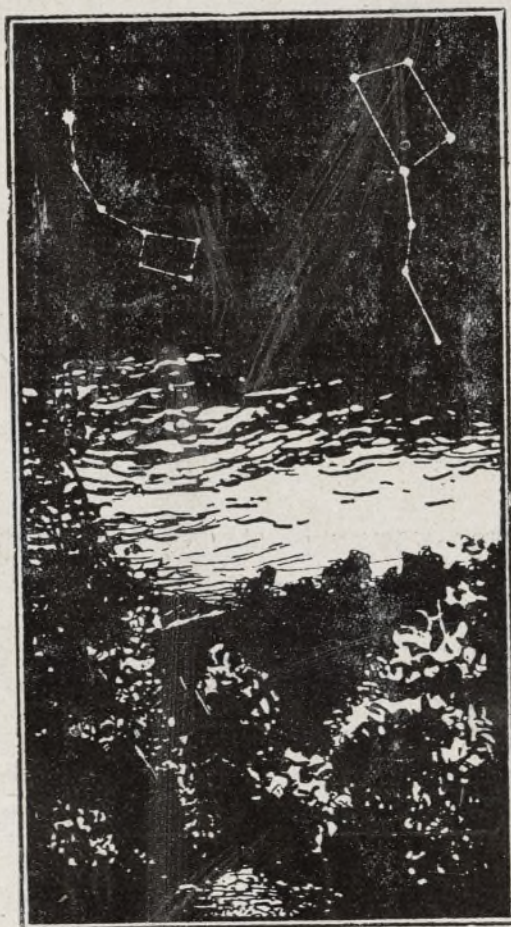
Pero suponiendo ahora un día sin sol y una noche sin luna ni estrellas ¿cómo nos orientamos?

Podemos acudir a los medios *geográficos* y *topográficos* que nos pueden dar preciosas indicaciones. Recordemos los sitios por donde seguimos antes de perdernos: las montañas, bosques, ríos o arroyos, molinos, etc. que hemos ido encontrando, y en la reconstitución de uno de estos puntos encontraremos la orientación o guía del camino que tenemos que seguir.

Y no es el sentido de la vista el que sólo puede servirnos, pues hay otros medios de orientación *auditivos* u *olfativos*. Los ruidos, como el sonido de una campana de un reloj, el silbido del tren, la sirena de un barco, como los olores del campo, de una industria, de aguas estancadas y mil y mil sensaciones de este orden, por asociación de ideas, son ayudas o medios para completar la orientación que buscamos.

El viento es también un excelente instrumento *meteorológico* de orientación. Un viento helado viene del Norte, caliente del Mediodía, húmedo del Océano. Los de cada país conocen los vientos que en él reinan, con sus nombres y dirección, que pueden servir de indicadores de ruta. El mismo viento Norte, con sus lluvias, nos da una serie de manifestaciones que pudieran llamarse *botánicas*. Vemos en algunos troncos de árboles y en algunos muros sobre uno de sus lados, líquenes, algas, champignons y otros vegetales inferiores que se desarrollan a causa de la humedad constante que conduce el viento Noroeste. En día nublado, los

mismos vegetales, las mismas flores tienen una disposición característica y una dirección hacia el sol. La vertiente Norte de una colina es menos fértil, y por eso no encontraréis ciertos cultivos como las viñas, mientras que conoceréis en los jardines por



ANTIGUO MEDIO PARA ORIENTARSE

Buscad entre las estrellas los dos grupos de la Osa Menor y de la Osa Mayor o Carro de David. La estrella más grande que está al extremo de la Osa Menor, es la Estrella Polar, que es la que sirve de guía a los caminantes.

la construcción y la frondosidad la dirección del Mediodía.

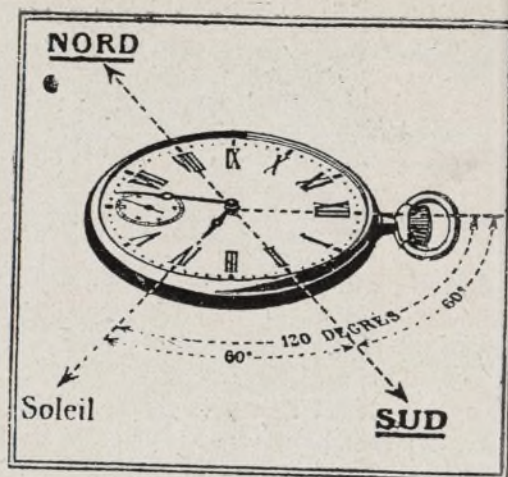
No son menos preciosas las indicaciones *arquitectónicas* y *arqueológicas*: los hombres como las

flóres aman el sol, por eso construyen sus casas al abrigo del Norte y en laderas que den al Mediodía. En los mismos pueblos encontraréis los muros de las casas que dan al Mediodía menos azotados por las lluvias, menos mohosos y menos húmedos, y donde está abierto el mayor número de ventanas. Fácil es, pues, encontrar en una aldea el lado septentrional; en esta dirección están los cementerios, pues como regla higiénica, su establecimiento se hace al abrigo del sol. También podemos preguntar nuestro Norte a las viejas iglesias: en la antigüedad eran emplazadas de Este a Oeste con su santuario de cara a Jerusalén, y si encontráis algunas tumbas cristianas milenarias, veréis la cabeza colocada hacia el lado de la Tierra Santa.

Pero si todo esto no os es suficiente todavía, recordad que lleváis un reloj en el bolsillo. Llevándolo ¡qué mejor brújula podemos tener!

¿Queréis saber vuestra ruta?

Pues bien: colocad el reloj de cara de manera que la cifra de la hora en que se esté, indicada por la aguja del horario, sea exactamente el eje del sol. A la derecha o a la izquierda de este eje—según que sea por la mañana o por la tarde—la cifra XII (mediodía) con el punto céntrico del reloj, forma un ángulo más o menos grande con el eje del sol, que hemos hecho pasar anteriormente por la hora



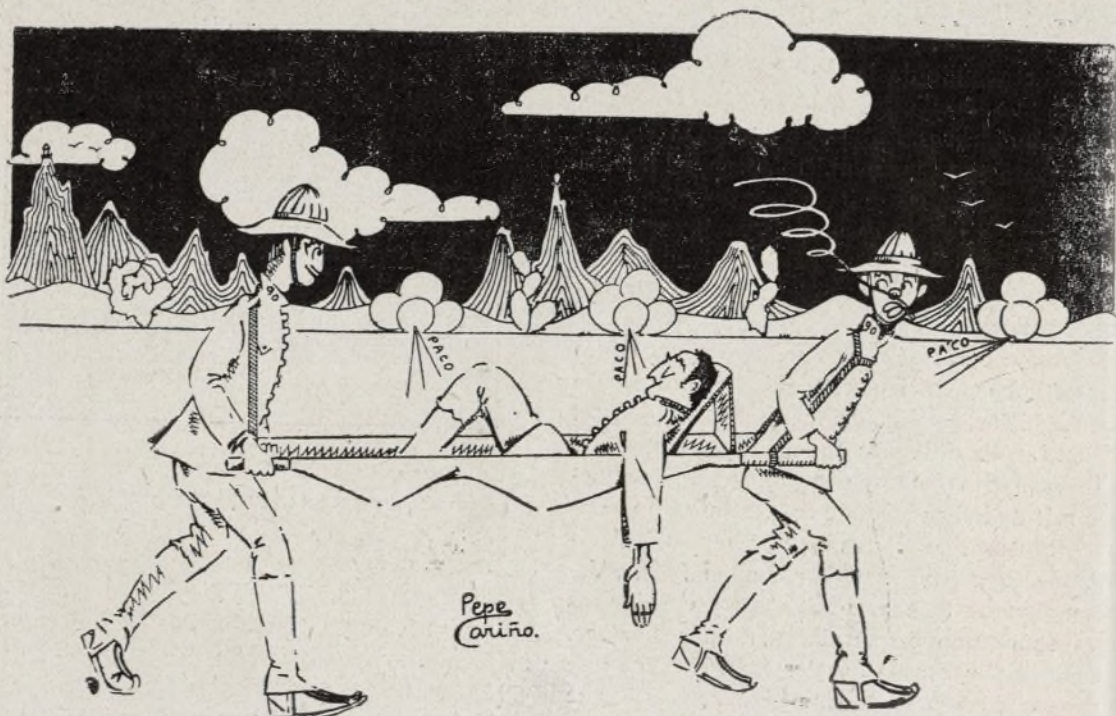
EL RELOJ COMO BRÚJULA

La línea derecha que pasa exactamente entre la hora del Mediodía y la de la pequeña aguja dirigida hacia el Sol, indica la dirección del Sur, y por consiguiente, se sabe la de los cuatro puntos cardinales.

en que se esté. Si cortamos este ángulo por iguales partes por una línea recta, esta línea—por razones matemáticas que no son de este lugar—indica la dirección del mediodía solar y por consecuencia la de los demás puntos cardinales.

¡Confesad que con este medio no es tal fácil «perder el Norte» y, sobre todo, no saber encontrarle

NOTA CÓMICA



—Y a ti, ¿qué te gusta más, la camilla o el fusil...?

—Antes me gustaba la camilla, pero ahora me parece que me tira el fusil.

LOS AVIONES SANITARIOS EN EL FRENTE MARROQUÍ



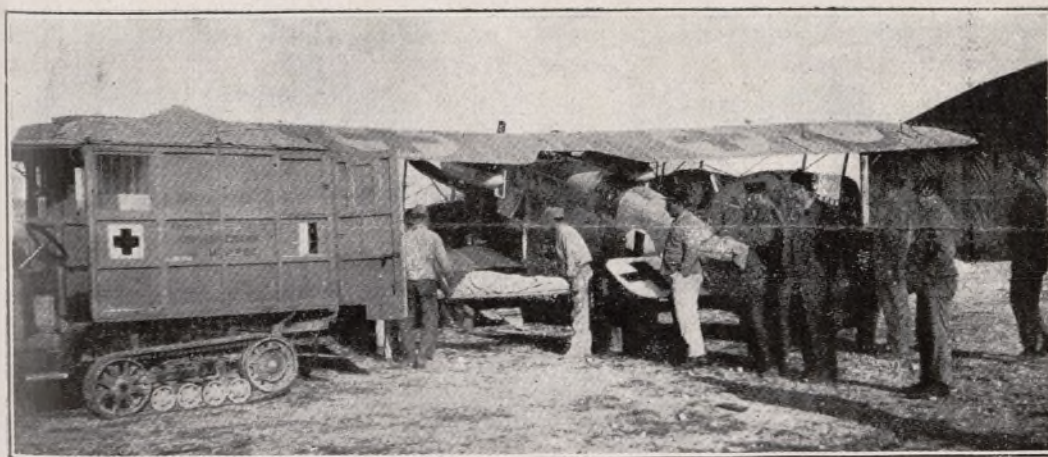
Los trece aviones sanitarios [del campamento de Eujil, dispuestos a transportar a Fez y a Mequinez los heridos de Bou-Khamoudj.

En Eujil, están prestando valiosísimos servicios, no sólo en la observación, sino también en el transporte de los heridos. Estos, que eran antes conducidos en mulos o en carros-ambulancias o automóviles sanitarios, han sido confiados a los aviones, contruidos a este objeto, que los evacuan en las mejores condiciones de rapidez y de confort en los hospitales del interior.

Después de los combates de 9 de Junio último, 48 heridos graves fueron transportados por trece aviones sanitarios en algunas horas, desde Bou-Khamoudj a Fez y a Meknés, que por convoyes or-

dinarios hubiérase tardado lo menos dos días y medio, si el estado de gravedad de los heridos permitiera hacer este viaje.

Las presentes fotografías nos muestran los aparatos y ambulancias destinados a este servicio, de capital transcendencia, desde el momento que gracias a su rapidez, muchos heridos graves, que morirían irremediamente sin una urgente intervención quirúrgica son salvados gracias a esos aviones que sin molestias para los heridos los transporta al hospital, salvando en unas horas considerables distancias, imposible por otros medios de conducción.



Un herido grave que, transportado del campo de batalla por un camión automóvil modelo «Tortuga», es colocado en el avión sanitario que ha de conducirlo a Fez.

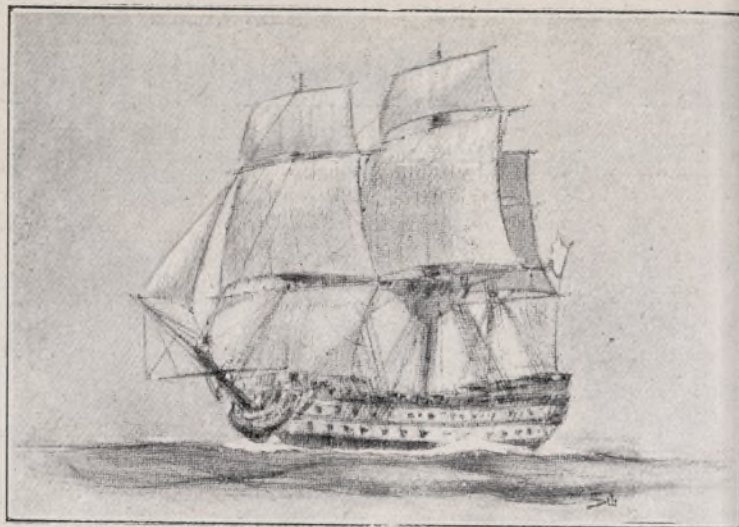
EVOLUCION DE UN BARCO

LOS ANTECESORES :: DE UN :: CRUCERO FRANCÉS

Se acaba de botar en Brest, en presencia de M. Raiberti, ministro de Marina, el crucero *Duguay-Trouin*, el primero de una serie que comprende con él, el *La-Motte-Picquet* y el *Primanguet*. Sus características son: 8.000 toneladas de desplazamiento; su longitud 175 metros con 30, ancho 17 con 20, sobre el nivel del agua 5,30 metros, de poder, 100.000 caballos; velocidad, 34 nudos; 8 caño-

nes de 115 m/m con cuatro torres dobles; cuatro cañones de 75 m/m contra aviones; cuatro aparatos lanza-torpedos triples; dos hidroaviones —y no uno sólo como se decía en el primer proyecto— lanzados por catapultas. Habiéndose comenzado su construcción el 4 de Agosto de 1922, se ha tardado en ella, un año y diez días.

Con él renace una antigua tradición que, desde más de un siglo, atribuyó a un barco de la marina francesa de guerra el nombre de uno de sus ilustres marinos, *Duguay-Trouin*. El rey Luis XVI rompiendo con la tradición de aplicar a los buques

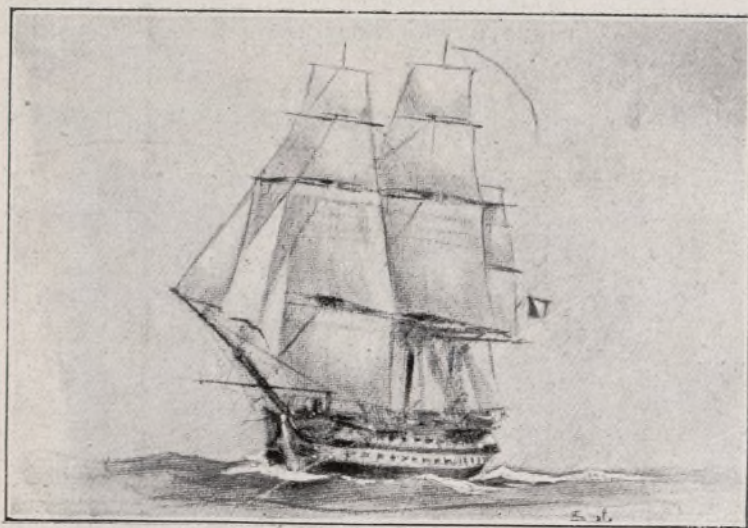


Barco de 74 cañones, tipo «Duguay-Trouin», de la Epoca de Luis XVI. Este primer «Duguay-Trouin», presentaba las características que nos muestra el grabado: Flancos abiertos y amplio velamen.

nombrés terroríficos o nombres de divinidades antiguas o mitológicas, resolvió bautizar tres con los nombres de tres grandes marinos: *Duguay-Trouin*, *Tourville* y *Suffren*.

El primer barco bautizado con el nombre *Duguay-Trouin*, era un barco de 74; fué botado en Brest, en los primeros días de Noviembre de 1788. Armado en Julio de 1790, bajo el mando del capitán Beaumont Le Maitre, apareció el 5 de Febrero de 1791 en Santo Domingo, con la división de M. de Girardin, encargado de llevar a ésta colonia 5.000 soldados para reprimir la insurrección que había estallado en la parte francesa de la isla.

En Enero y Febrero de 1793, bajo el mando del capitán Trogoff, tomó parte en el ataque de Cagliari. Un violento vendaval puso en peligro a la escuadra francesa y sobre todo al buque *Leopardo*. Las fragatas ancladas cerca de la costa se vieron obligadas a desarbolar. La conducta de los marinos del *Duguay-Trouin* fué sublime. El comandante Trogoff, viendo a la tripulación del *Leopardo*, encallado en los bancos, que era barrida por las baterías enemigas, fué entre una lluvia de proyectiles, a varar bravamente en medio de los arrecifes, para cubrir a sus camaradas. Gracias a la energía de la tripulación, pudo el *Duguay-Trouin* salir de este peligroso paso.



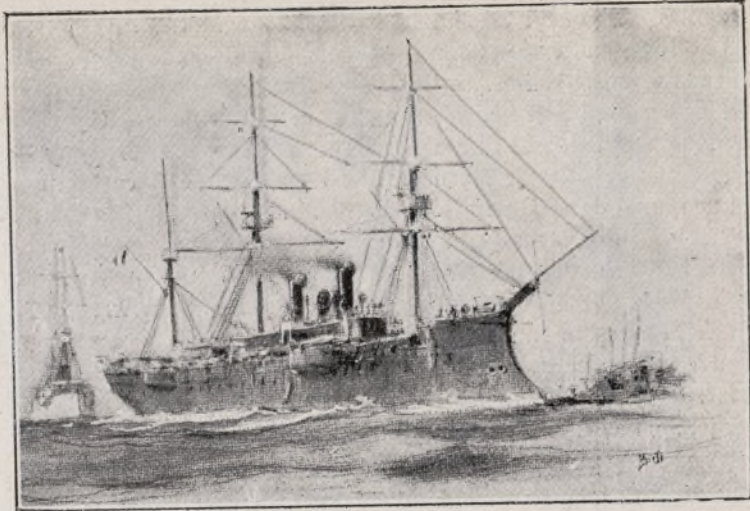
Durante el primer Imperio.—El segundo «Duguay-Trouin» de 78 cañones. (De una acuarela por F. Roux, que ilustra el Album que perteneció al comandante de este navío).

Una fragata corsaria de Saint-Malo que llevaba el mismo nombre, se señalaba al mismo tiempo por las presas que estaba haciendo en La Mancha. Atacada por una poderosa fragata inglesa, el 1.º floreal del año IV, fué obligada a arriar su bandera, después de una heroica defensa.

En 1797 un nuevo *Duguay-Trouin*, de 78 cañones, fué puesto en el astillero de Rochefort. Lanzado tres años más tarde y armado en 1801, bajo las órdenes del capitán Willaumez, fué enviado a Santo Domingo con la escuadra del vicealmirante Villaret de Joyeuse, encargada de transportar las tropas del general Leclerc. El 15 de Abril de 1803, arrojado a la costa de Jeremías por un

golpe de mar y socorrido por la fragata *Francisca* y la corbeta *La Cigüeña*, enviadas para su socorro, pudo elevarse después de dieciocho horas de trabajos extraordinarios, pero los veinte cañones que se habían arrojado al mar no pudieron ser rescatados.

Al entrar en Francia, el *Duguay-Trouin* y el *Duquesme*, que navegaban en conserva, fueron apresados en caza, apenas salidos del Cabo Francés, por navíos de la armada inglesa que se habían establecido delante del puerto desde el principio de la guerra. Muy pronto, el *Duquesme* que había ensayado vanamente el entrar en el Cabo, fué rodeado por cuatro buques y una fragata. Este desgraciado navío, lleno de heridos y de enfermos, reducida su



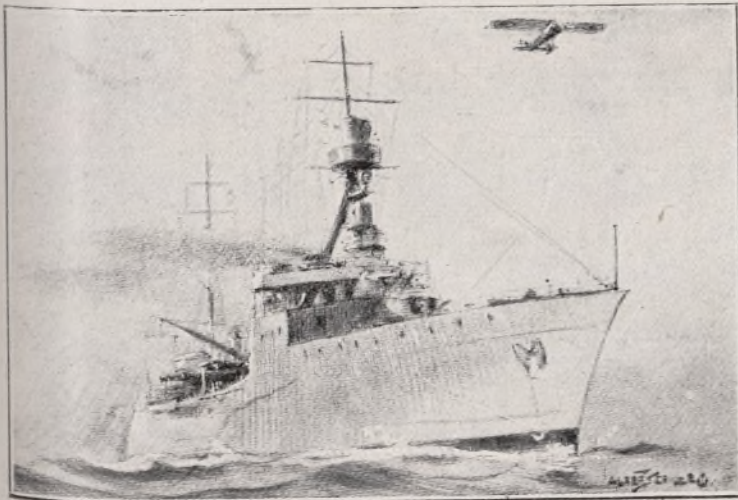
El «Duguay-Trouin» de 1887, que tomó parte en la campaña de China.—Fué el primer crucero que alcanzó la velocidad de 16 nudos.

tripulación a 275 hombres válidos, no pudo armar los 12 cañones de su batería baja. Fué obligado a arriar su pabellón. El *Duguay-Trouin* fué perseguido por el buque de 82 cañones, *Elefante*. Como había tenido que arrojar al mar 20 cañones, en el encuentro en Jeremías no le quedaba más que 58. Perseguido al día siguiente por otro buque inglés que reemplazó al *Elefante*, fué socorrido por la fragata *Guerrera*, que se encontraba a la vista. Llegando a las costas españolas, cerca del Cabo Finis-terre, los navíos franceses perseguidos por toda una división inglesa, tuvieron que refugiarse en la Coruña. El *Duguay-Trouin* quedó bloqueado en la rada durante todo el año de 1804 y parte del 1805. Fué aprovechado este tiempo en reparar sus averías, completar su tripulación y volver armar su batería del puente.

El 21 de Octubre de 1805, el *Duguay-Trouin* estaba en Trafalgar. Escapó al desastre, pero al fin, sucumbió el 4 de Noviembre de 1805, desamparado, raso como un pontón, después de haber librado un combate magnífico.

En 1813, un nuevo barco de 74, lanzado en Cherbourg, llevó también el nombre de *Duguay Trouin*. El tuvo la misma suerte que muchos navíos, que, contruidos con maderas insuficientemente secas, tienen que ser rápidamente reformados.

En el astillero de Lorient había el 1.º de Noviembre de 1835, un *Duguay-Trouin* de 90 cañones. Comenzado el año de 1827 había sido ol-



El nuevo crucero «Duguay-Trouin», botado en Tolou el 14 del corriente. Los cruceros de este tipo, llevan consigo dos hidroaviones de reconocimiento.

vidado casi. No se botó al agua hasta el 28 de Marzo de 1854, habiendo estado, por consiguiente, en la rada veintisiete años. En 1855 fué suministrado de una máquina de hélice, haciendo el recorrido de Nueva Caledonia. Fué el primer navío a vapor que dobló el Cabo de Hornos. Entró en Brest el 14 de Marzo de 1863 para ser desarmado.

En 1877 un crucero con el mismo nombre fué botado al agua en Cherbourg. Navegando a 16 nudos, armado de cinco cañones de 19 c/m y de cinco de 14 c/m, era en aquélla época, uno de los más poderosos cruceros al mismo tiempo que era elegante de forma. Después de una campaña en el Levante, apareció el 19 de Julio de 1883 en los mares

de China, bajo las órdenes del almirante Courbet. Tomó parte en el bombardeo de Fou-Tcheou, escapando ileso entre una línea de torpederos.

Un poco más tarde, en 1893, este mismo crucero, *Duguay-Trouin*, recorrió las islas de Oceanía, las costas de América y China, bombardeó las islas de Tahaa y de Ophua, para castigar los indígenas rebeldes y entró en Saigón donde fué desarmado.

Y por último, se volvió a aplicar este nombre de *Duguay-Trouin* (ex-Tonquin) a la escuela-buque de guardias marinas, que fué construído en 1905. M. Raiberi es el que ha hecho revivir ahora el nombre del ilustre marino.

NOTA CÓMICA



(El de la taquilla.) Firme usted aquí.

—¿Aquí?

— Sí, aquí. Usted es el *imponente*.

DE NUESTRO
PROTECTORADO

De la gloriosa jornada de Tifaruin



D. Pedro Rodríguez de Almeida (x) capitán jefe de la posición, y los oficiales D. Rodolfo Jordán, D. Pedro Temprano, D. Francisco Fernández, D. Poncio Coll y D. Ramón Topete, que tan heroica resistencia sostuvieron contra el tenaz asedio de numeroso enemigo.

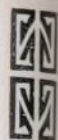


Las fuerzas que tan heroicamente resistieron el sitio en la posición de Tifaruin vitoreando a España a la llegada de sus libertadores, que tras rudísimos combates y con un empuje briosísimo, que puso en fuga a los moros, entraron en la posición.



DE LOS DOMINIOS DEL AIRE

A ONCE MIL METROS DE ALTURA



Sadi Lecoite, el célebre aviador, acaba de hacer en Francia el record del mundo de altura en avión, subiendo a 10.800 metros; el aviador americano, Mac Ready, alcanzó una altura en 28 de Septiembre de 1921, de 10.518 metros.

Lecoite anuncia que esta tentativa del 1.º de Agosto no ha sido más que un ensayo, pues cree alcanzar, con su aparato, una mayor altura de 12.000 a 15.000 metros.

Respecto a su excursión y a los preliminares para el entrenamiento, puesto que le era preciso contrarrestar ciertos inconvenientes de presión y condiciones atmosféricas, hace manifestaciones interesantes que se recogen a continuación:

«Si se tienen en cuenta las condiciones atmosféricas en que tiene lugar el funcionamiento de cada uno de los elementos constitutivos del avión, del organismo del piloto y de sus instrumentos, se ha de ver la inspección de los ensayos y de los exámenes técnicos y fisiológicos practicados en el suelo, es decir, a presión y temperatura constantes. Variarán por completo los resultados y en proporciones considerables, si en vez de las pruebas hacerlas en el suelo, se hicieran a una altura media de 8.000 metros, altura corriente en los vuelos actuales.

Nadie ignora la influencia de la depresión atmos-

férica sobre la carburación, el poder de los motores y sobre el organismo humano.

¿Cuáles son estas condiciones atmosféricas y cómo hacer posible un número de ensayos y de exámenes fisiológicos cuyos resultados no pueden ser registrados de una manera precisa a bordo de un avión?

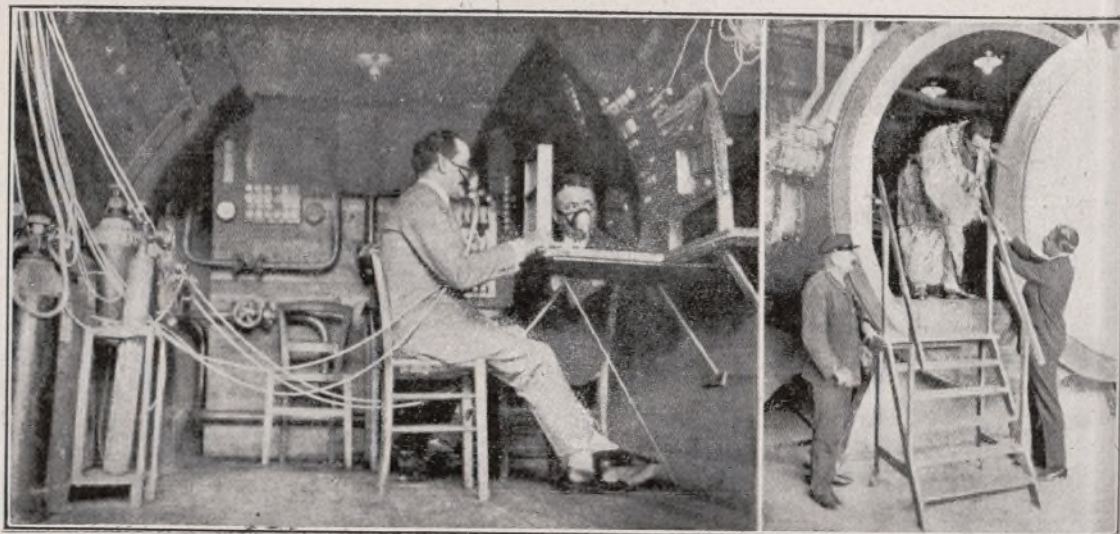
Estos resultados son: una disminución en la presión atmosférica y un descenso en la temperatura sensiblemente proporcional.

El aparato neumático imaginado por el doctor Garzaux e instalado, bajo su dirección, en Bourget, permite realizar estos ensayos múltiples del dominio de la fisiología, de la medicina y del estudio de los medios de existencia en las altas latitudes.

Está constituido por un cilindro de acero con las dimensiones siguientes: cinco metros de largo y tres de diámetro. El cilindro está cerrado por una de sus extremidades con un fondo fijo a la calandria o prensa por el otro, un fondo móvil que sirve de puerta de acceso. Cinco aberturas circulares están colocadas en los lados del cilindro.

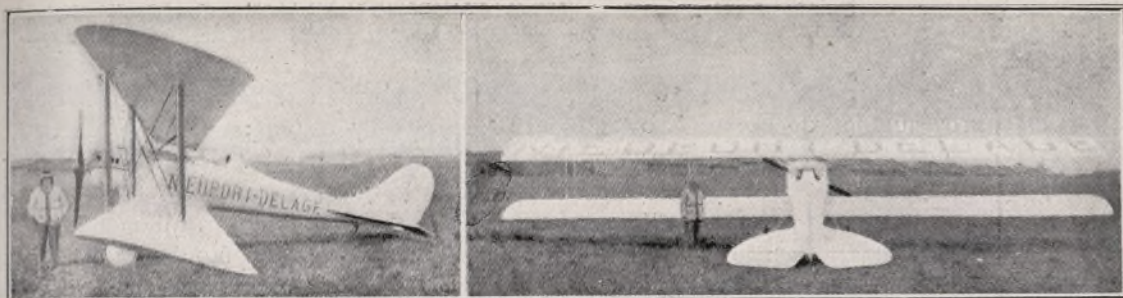
En un mismo departamento están las máquinas propiamente dichas: el motor, el aspirador y el condensador.

El funcionamiento de los aparatos puede ser asegurado, bien en un puesto de maniobra exterior o



En la cámara de presión negativa y baja temperatura del doctor Garzaux. Sentado delante del manipulador, que sirve para calcular los reflejos y sus reacciones a distintas presiones, Sadi Lecoite experimenta las experiencias de resistencia física.

Preparado para las pruebas de descenso de la temperatura, Lecoite, vestido con un gabán de pieles, recibe las últimas instrucciones antes del cierre de la cámara.



El avión de Sadi Lecointe, que ha batido el *record* de altitud.

en uno de maniobra interior. El conjunto de las maniobras (compresión, recompresión, y frío) está reducido a la manipulación de tres palancas.

Es inútil enumerar todos los servicios que presta tal instalación, bajo el punto de vista del examen metódico de los pilotos, o sean las numerosas experiencias fisiológicas en actuación sobre el organismo humano. Las experiencias llevadas a cabo hasta ahora, de depresión—salvo algunas tentativas hechas hace cuatro años en Sain-Cyr—han sido a temperatura constante. Pero el frío no es factor despreciable en las perturbaciones atribuidas exclusivamente a la falta de oxígeno o a la depresión.

Los dispositivos del doctor Garsaux completan el estudio experimental de los medios de existencia en las más altas latitudes.

Bajo el ojo vigilante de este doctor, se ensayó mi resistencia fisiológica, comprobándose que yo podía, sin peligro para mis arterias, resistir una depresión en menos de 150, que correspondía a una altura de 11.500 metros.

El avión Nieuport-Delage, sobre el que debía

efectuar mi tentativa de record, había sido especialmente construido, teniendo en cuenta el peso, el poder, la velocidad de la hélice, la cualidad de la *cellule*, la resistencia aero-dinámica del *fuselaje* y los accesorios, todo bajo la base de tener la mayor ligereza posible. Desde luego los ingenieros buscaron un motor de poco peso y de mucho poder; la hélice calculada para dar su máximo de rendimiento y la superficie de la *cellule*, lo más extensa posible, cuidando del perfil de las alas.

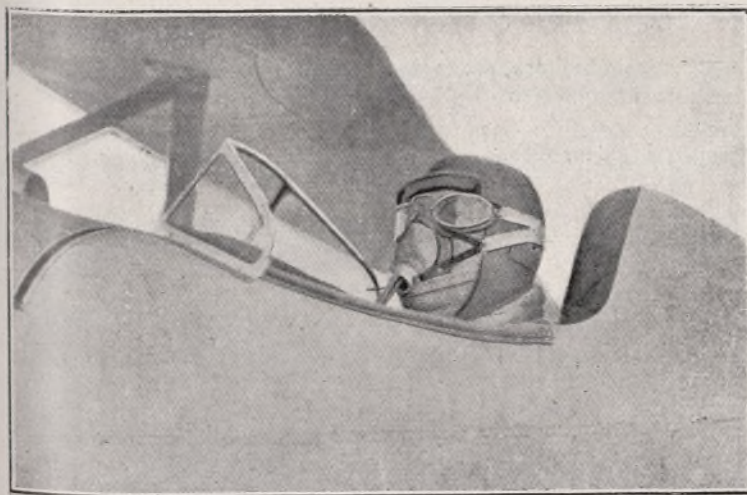
La casa Nieuport-Astra, dió a este avión, teniendo presente las condiciones especiales dichas, las siguientes características:

Motor Hispano-Suiza de 400 CV a dos mil vueltas; con peso, en orden de marcha de 310 kilos y peso al caballo de 0'775. La superficie de 34 metros cuadrados; envergadura, 14 metros, profundidad 1'26 y peso del avión en orden de marcha, 948 kilos.

El doctor Garsaux había determinado que, a partir de 8.000 metros, era necesario que yo absorbiese 800 litros de oxígeno por hora. Se habían instalado, al efecto, dos tubos de oxígeno comprimido a 160 kilos; los dos tubos enviaban el oxígeno a la careta del piloto.

A fines de Julio experimenté mi aparato. Tres ensayos me condujeron a 8.000 y a 9.000 metros. El primero de Agosto, a las 16 horas 55 minutos me elevé en Villacoublay.

La atmósfera era pura; el viento bastante vivo. Revestido *ad hoc* y con la mascarilla aplicada a la cara, subí sin apresurarme por no fatigar el motor. A los 8.000 metros, mi termómetro, llegado al límite de sus 40 grados, estalló. No presté a ello la menor atención y continué mi ascensión; mis



Antes de la salida para un *record* de altitud. Sadi Lecointe en su aparato. La mascarilla del piloto está en comunicación con dos bidones de oxígeno, mediante tubuladuras elásticas.

arterias eran más resistentes que el termómetro.

Al cabo de una hora y veinte minutos de vuelo, viendo que la provisión de oxígeno se estaba agotando decidí descender a tierra. Mis dos barógrafos marcaban, el uno 10.800 metros y el otro 11.000. Hacía una hora, cincuenta y cinco minutos que yo había tomado el vuelo.

El capitán Robin, al servicio de las fábricas de aviación, servía de comisario oficial y yo le remití los dos preciosos barógrafos que se registraban mutuamente y se contradecían como dos testigos de un proceso.

M. M. Delage, el corone! Seginn, Mary y Chasse-riaux me felicitaron. Yo era feliz.

Tenía mi sonrisa de los grandes días. Mis amigos me ayudaron a desnudarme y marché un poco por el campo, para desentumecerme. Al cabo de algu-

nos metros, mi entorpecimiento había cesado por completo.

Pensé entonces que podía llegar a más, a los 12.000 metros, y los haré; e e es mi proyecto.

¿Impresiones del vuelo? No tuve frío; apenas algunos escalofríos. No estuve fatigado; solo un poco de dolor de cabeza al aterrizar. Mi motor funcionó bien; tenía la impresión como dice León Werth, de que estaba en mi pecho. El aparato subió sin interrupción, ni entorpecimiento. Yo tenía puestas toda mi fe y mi esperanza en la ascensión.

¡Ah! olvidaba decir toda la verdad. A los 9.000 metros de altura, mi mirada se dirigió a las nubes. El cielo era de un azul intensísimo, casi violeta. Su inmensidad me pareció tan formidable que no pudiendo soportarla mis ojos, los dirigí hacia el motor. No me atreví a contemplar más el éter inmóvil de los espacios.»

PÁGINAS
FESTIVAS



EL AVARO

Fué concebido de noche
a oscuras y muy barato,
porque su madre lo tuvo,
según dicen, de regalo.

Nació en febrero, por ser
el mes más corto del año;
y nació de siete meses
sólo por nacer ahorrando.

Por no dar, no dió a su madre
ni los dolores del parto;
pero le quitó la vida,
que es lo que halló más a mano.

Así se vino a este mundo
sólo, desnudo y descalzo,
con la boca muy abierta
y los puños muy cerrados.

Por no perder ocasión
de aprovechar pies extraños,
a todas partes quería
que lo llevaran en brazos.

Ya es hombre, si es que es posible
que puedan llegar a tanto,
estas beirugas que suelen
salirle al género humano.

Vedle bien: tiene los ojos
hundidos sólo por cálculo,

porque a la luz sea a quien cueste
el trabajo de buscarlos.

Jamás ofrece su casa,
ni su amistad, ni su mano;
mas por llevarse, es capaz
hasta de llevarse un chasco.

Con ojos ávidos mira
al cielo de vez en cuando,
desde que ha oído decir
que la luna tiene cuartos.

Cuando no hay otro, pretende
sacar de sí propio algo,
y no pudiendo otra cosa
suele quitarse los años.

No cambiará su mirada,
aunque lo hagáis mil pedazos,
con ningún tuerto ni vizco,
por no perder en el cambio.

No paga ni las visitas,
no vuelve ni los recados,
no presta ni la atención,
no gasta ni el tiempo en vano.

Si para doblar la usura
busca el medio más barato,
no dice: *estos pasos doy*;
sino: *yo tomo este paso*.

Cuando el invierno es tan frío
como la risa en sus labios,
duda de tomar el sol
por no dar sombra al tomarlo.

No bebe por no sudar,
no come por estar flaco,
por no dar después de muerto
alimento a los gusanos.

No vive, porque en sus cuentas
vivir es un despilfarro,
ni se muere porque sabe
que le debe costar caro.

Alma no tiene, pues supo
que el tener alma es un gasto,
y fué su primer negocio
el vendérsela al diablo.

Se llama... sonad dos duros
y él acudirá en el acto,
aunque adivine a cien leguas
que esos dos duros son falsos.

Todo lo dicho no es nada,
no son más que cuatro rasgos,
un perfil imperceptible,
una sombra del avaro.



EL CRISTO DE LA CÁRCEL



A las tres de la tarde, entró el reo en capilla.

La noticia cundió rápida por la prisión sacudiéndola con un estremecimiento de terror. La impresión de la muerte cercana, selló todos los labios, cesaron los cantares y las voces en los patios y un silencio lúgubre reinó en la cárcel.

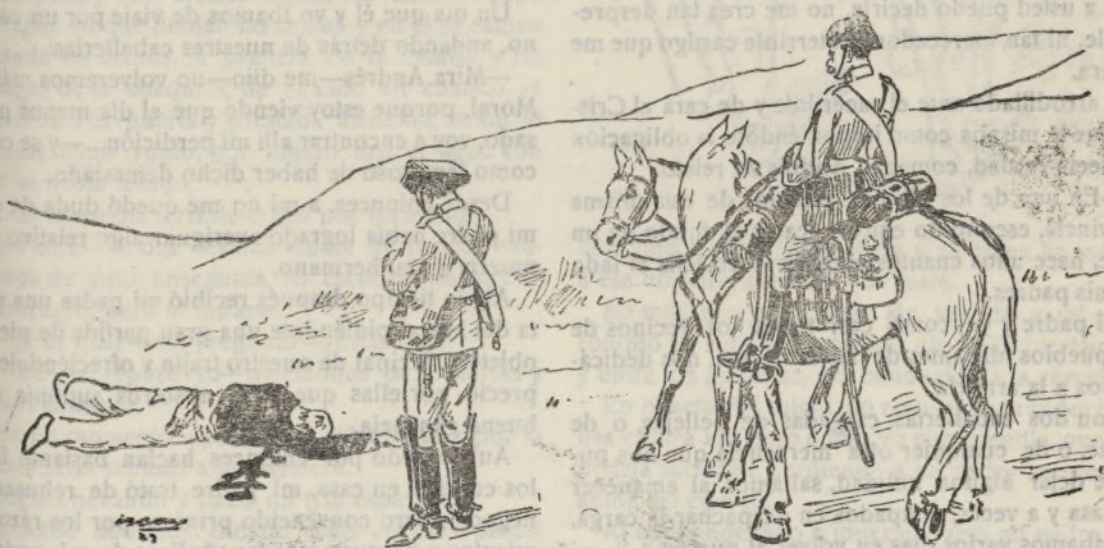
Después de cumplir con calma todos los trámites penosos, que anteceden al homicidio legal, Andrés Losada fué sacado de su celda y, con grandes precauciones, conducido a la capilla de los condenados a muerte, al lugar en que tantas esperanzas de vida se han frustrado, al escenario del epílogo de tantos dramas.

Era esta habitación de reducidas dimensiones, si-

to hallárase despierto o sería víctima de una pesadilla infernal y fantástica.

Poco a poco fuese serenando, y acabó por darse cabal cuenta, de su desesperada situación, al contemplar aquel tétrico ornato, con que la crueldad de los hombres se complace en atormentar los últimos momentos de un semejante.

—Ya no hay remedio—exclamó con desaliento, fijando la vista en el Cristo que le miraba a él también como aconsejándole resignación y arrepentimiento; y a los ojos del pobre Andrés, afluyeron lágrimas que, resbalando por sus mejillas, vinieron a caer al suelo, a aquel suelo que habría enjugado tantas de desesperación, tantas de sincera pesadumbre.



tuada en el último piso de la cárcel, guardada por una puerta con grueso cerrojo y sin más luz que la que ansiosa absorbía una pequeña ventana junto al techo y atravesada por dos sólidos barrotes de hierro.

Cuando Andrés entró en la capilla, hallábase ya ésta dispuesta, como en los días en que daba albergue a algún desgraciado que se preparaba a morir: unos paños negros cubrían los muros y dos cirios colocados sobre una mesa, ardían ante una gran imagen tallada del Redentor crucificado, que extendía los brazos en actitud de amor y de perdón.

Al quedarse solo el condenado, su primera sensación fué de miedo, de un miedo irresistible que se apoderó de él paralizando su voz y sus movimientos, y hasta le hizo dudar, si en aquel momen-

Después, en toda la tarde cesó de recibir visitas. Su abogado defensor le acompañó un buen rato, confortándole con tal piedad y tan sentido afecto, que animar consiguieron el abatido espíritu del pobre Andrés. ¡Hacía tanto tiempo que nadie le hablaba con aquel cariño!

Va bien entrada la noche, pidió el reo la visita de un sacerdote, en confesión.

Al rato, el sacerdote llegó; giró la puerta sobre sus goznes y entró en la capilla un viejecito de cabellos blancos y semblante dulce y apacible.

Abrazando con cariño a Andrés que le besó la mano:

—Hijo mío—le dijo—puesto que me ha llamado, aquí me tiene usted y de todo corazón pido al Señor que me ilumine, para saber llevar a su alma la tranquilidad y el sosiego que necesita.

—Padre mío—exclamó Andrés, rompiendo a llorar. —¡Yo no quiero morir! Yo no merezco la muerte que me aguarda...

—No se desespere—le interrumpió el sacerdote—procure tranquilizarse. Considere que Dios perdona siempre a los que de corazón se arrepienten de sus culpas, por grandes que éstas sean, y que la dura prueba a que a usted le somete, no es para su castigo, sino para enmienda necesaria de los que a la sociedad ofendan y ultrajen en lo sucesivo; Él, siendo Dios, habiendo creado la Vida, derramó su sangre para salvarnos a los hombres; y era inocente...

—Yo quisiera—exclamó Andrés sin poder apenas contener su llanto—que usted oyese mi confesión completa, la relación de mi vida, antes de recibir su absolución; no intento atenuar mi maldad, pero quizás, cuando usted haya escuchado, lo que sólo a usted puedo decirle, no me crea tan despreciable, ni tan merecedor del terrible castigo que me espera.

Y arrodillado ante el sacerdote y de cara al Cristo, que le miraba como imponiéndole la obligación de decir verdad, comenzó Andrés su relato.

—En uno de los últimos pueblos de esta misma provincia, escondido entre rocas y el fondo de un valle, hace unos cuantos años vivía yo feliz al lado de mis padres.

Mi padre y yo, como casi todos los vecinos de los pueblos distantes de la vía férrea, nos dedicábamos a la arriería.

Con dos caballerías, cargadas de pellejas, o de aceite, o de cualquier otra mercancía que nos pudiese dejar alguna utilidad, salíamos al amanecer de casa y a veces, ocupados en despachar la carga, tardábamos varios días en volver al pueblo.

Durante el día hacíamos los negocios, y por la noche dormíamos en las cuadras de las posadas, tendidos sobre sacos de paja, junto a las caballerías.

Claro es que nuestra vida no estaba libre ni de sinsabores ni de molestias, pues teníamos que aguantar por los caminos, unas veces la frialdad de la nieve y otras los bochornos del sol; pero todo lo pasábamos con paciencia y hasta con alegría, pensando que gracias a aquel rudo trabajo, teníamos asegurado, no sólo nuestro humilde pasar, sino también el de mi madre, que ansiosa y contenta esperaba nuestro regreso.

Mi padre era un buen hombre, trabajador como pocos y amante de su familia cual ninguno, y mi madre, señor cura, era una verdadera santa.

Un suceso inesperado vino a privarnos un día de la absoluta felicidad que disfrutábamos. El único

hermano de mi padre, a quien éste quería con pasión y que cual nosotros ejercía el oficio de arriero, fué hallado muerto de una puñalada en el camino del pueblo del Moral, próximo al nuestro.

Mi tío que en aquel viaje llevaba encima todo su pequeño capital, para invertirlo en géneros, fué sin duda despojado de él por su asesino, pues sobre su cadáver no se encontró dinero alguno.

Se hicieron mil pesquisas para dar con el criminal, pero todas resultaron infructuosas; ni el más ligero indicio acusaba a nadie; por lo visto, el que fuera, había tomado bien sus medidas para no ser descubierto.

Pasó algún tiempo y nadie volvió a acordarse del crimen, menos mi padre a quien desde aquel día, no volvimos a ver alegre; tornóse desconfiado para con todo el mundo y hasta con nosotros, mostrase desde entonces menos expansivo.

Un día que él y yo íbamos de viaje por un camino, andando detrás de nuestras caballerías:

—Mira Andrés—me dijo—no volveremos más al Moral, porque estoy viendo que el día menos pensado, voy a encontrar allí mi perdición...—y se calló como temeroso de haber dicho demasiado.

Desde entonces, a mi no me quedó duda de que mi padre había logrado averiguar algo relativo a la muerte de su hermano.

Algún tiempo después recibió mi padre una carta del Moral pidiéndole una gran partida de pieles, objeto principal de nuestro tráfico y ofreciéndole un precio por ellas que para nosotros suponía una buena ganancia.

Aun cuando por entonces hacían bastante falta los cuartos en casa, mi padre trató de rehusar el negocio, pero convencido primero por los razonamientos y después por las súplicas de mi madre y mías, se decidió al fin y contestó aceptando.

Al amanecer del día siguiente y a pesar de la nieve que caía en abundancia y de un frío que helaba, mi padre y yo salimos de casa con las caballerías cargadas de pieles y emprendimos el camino del Moral.

Al medio día llegamos al pueblo y desde la posada nos dirigimos a casa del comprador.

Yo noté el gesto que mi padre hizo al enterarse de para quien eran las pieles, pero no le dí importancia y eché a andar tras él.

Dejamos el género en la casa, y como no estuviera el amo, quedó mi padre en volver a cobrar por la noche.

Durante toda la tarde, estuvo inquieto y agitado, tanto, que al llegar la noche quise acompañarle, pero él no lo consintió, diciéndome que quizás

volviéramos un poco tarde y que había que echar de comer al ganado.

Tuve intenciones de seguirle, pero no se por qué, no lo hice; eché el pienso a las caballerías, como él me mandara, y sobre un saco de paja me acosté en la cuadra.

Intenté dormirme, pero por más que lo procuraba, no podía conciliar el sueño; pasaban las horas y mi padre no volvía. Cuando dieron las doce en el reloj de la torre y ya con muchísima inquietud me disponía a levantarme para ir en su busca, abrióse con gran cautela la puerta de la cuadra y entró en ella mi padre, quien después de mirar hacia afuera con atención, cerró tras de sí.

A la luz del candil, que débilmente iluminaba la cuadra, pude ver sus facciones desencajadas y su traje en desorden.

Después y con mucho sigilo, fué hacia el cubo del agua en que bebían las mulas y en él se estuvo lavando las manos, la pechera de la camisa y las mangas de la chaqueta; de cuando en cuando, se acercaba a la puerta y prestaba atención, como si temiese sentir ruido; por último tiró el agua con que se había lavado.

Una sospecha terrible cruzó por mi mente.

—Padre—le dije levantándome de pronto—vámonos de aquí enseguida. Al escuchar mi voz se sobrecogió, pero al instante:

—¿Por qué?—me preguntó—¿Estás loco?

—Ea—le repuse yo—dejémonos de historias y vamos andando.

En un momento aparejé las caballerías y por la puerta falsa salimos a la carretera.

Seguía nevando y hacía un frío espantoso.

Cuando hubimos andado unos cuantos pasos: ¿Qué ha hecho usted?—le pregunté todo temeroso:

—Lo que debía y nada más—me repuso con acento seguro.

Llegamos a casa al amanecer, sin que volviéramos a hablar ni una palabra durante el camino; pero por dos o tres veces, le vi mirarme con insistencia y enjugarse después una lágrima.

Mi madre se sorprendió al vernos llegar a aquellas horas y con aquel tiempo; pero con una patraña que yo le conté, la pobre vieja quedó satisfecha.

Aquella tarde, se detenía una pareja de la Guardia civil delante de nuestra puerta y preguntaba por mi padre, a quien se acusaba de la muerte ocurrida la noche antes en el Moral.

Ya iba mi padre a salir para entregarse, cuando yo, que lo había estado escuchando todo, me interpose entre él y los civiles exclamando:

—No es a mi padre a quien deben ustedes pren-



der, sino a mí, porque yo he sido quien ha matado a ese hombre; me faltó y le maté.

Mi madre cayó al suelo sin sentido y mi padre rompió en sollozos, mientras yo, atado fuertemente y entre los guardias, era conducido a la cárcel.

En el acto del juicio, no resultaron grandes pruebas contra mí; pero como yo comprendía, que sólo podría salvarme perdiendo a mi padre, me confesé autor del crimen.

Al ser condenado a muerte, quiso mi padre presentarse a la justicia y lo hubiese hecho, de no haberle yo amenazado con saltarme la tapa de los sesos en cuanto lo hiciera.

Por Dios bendito, le juro a usted señor cura, que he dicho la verdad; estoy satisfecho de haber separado la deshonra de la cabeza de mi pobre viejo, y no me arrepiento de lo que he hecho.

El sacerdote y Andrés permanecieron un instante abrazados.

—Ahora—continuó Andrés—mi padre está entre la vida y la muerte, el pesar le mata y mi pobre madre se encuentra al borde de quedarse sola en el mundo y deshonrada para los pocos días que le queden de vida...

Andrés no pudo continuar; las lágrimas ahogaban su voz.

De pronto alzó la vista hacia el Cristo, y como si acabase de inspirarle una idea salvadora:

—¡Si usted quisiera!—suplicó con emoción al sacerdote—usted puede salvarme.

—¿Cómo, hijo mío?

—¿Ve usted esa ventana que está ahí encima? Por ella puedo escapar aprovechando la confianza de mis guardianes, que me creen con usted. De aquí me dirigiría a un lugar seguro, y desde allí escribiría a mis padres para que fueran a reunirse conmigo. ¡Consienta usted padre mío! ¡Por la memoria de sus padres!

—¿Y como llegar hasta la reja?—inquirió medroso el sacerdote.

—Con la ayuda de Cristo—dijo Andrés convencido—sus brazos en Cruz, me servirán de sostén.

—Temo por tu vida.

—Que Dios disponga de ella, pues Él me la dió, sólo Él, es quién para quitármela.

El sacerdote calló, y arrodillándose ante el Crucifijo, se puso a orar.

Entre tanto Andrés se subió sobre la mesa y des-

de ella trepó a la Cruz, afianzado en cuyos brazos, limó uno de los barrotes de la reja; después rompió a tiras su manta que ató al otro hierro, y dirigiendo una mirada de gratitud suprema al sacerdote, que extático contemplaba aquel extraño grupo de Andrés y el Salvador, por la ventana desapareció en las negruras de la noche...

El alba iluminaba con su luz indecisa la cárcel, cuando los vigilantes encargados de la custodia de Andrés, extrañados ya por la interminable visita del confesor, se decidieron a entrar en la capilla.

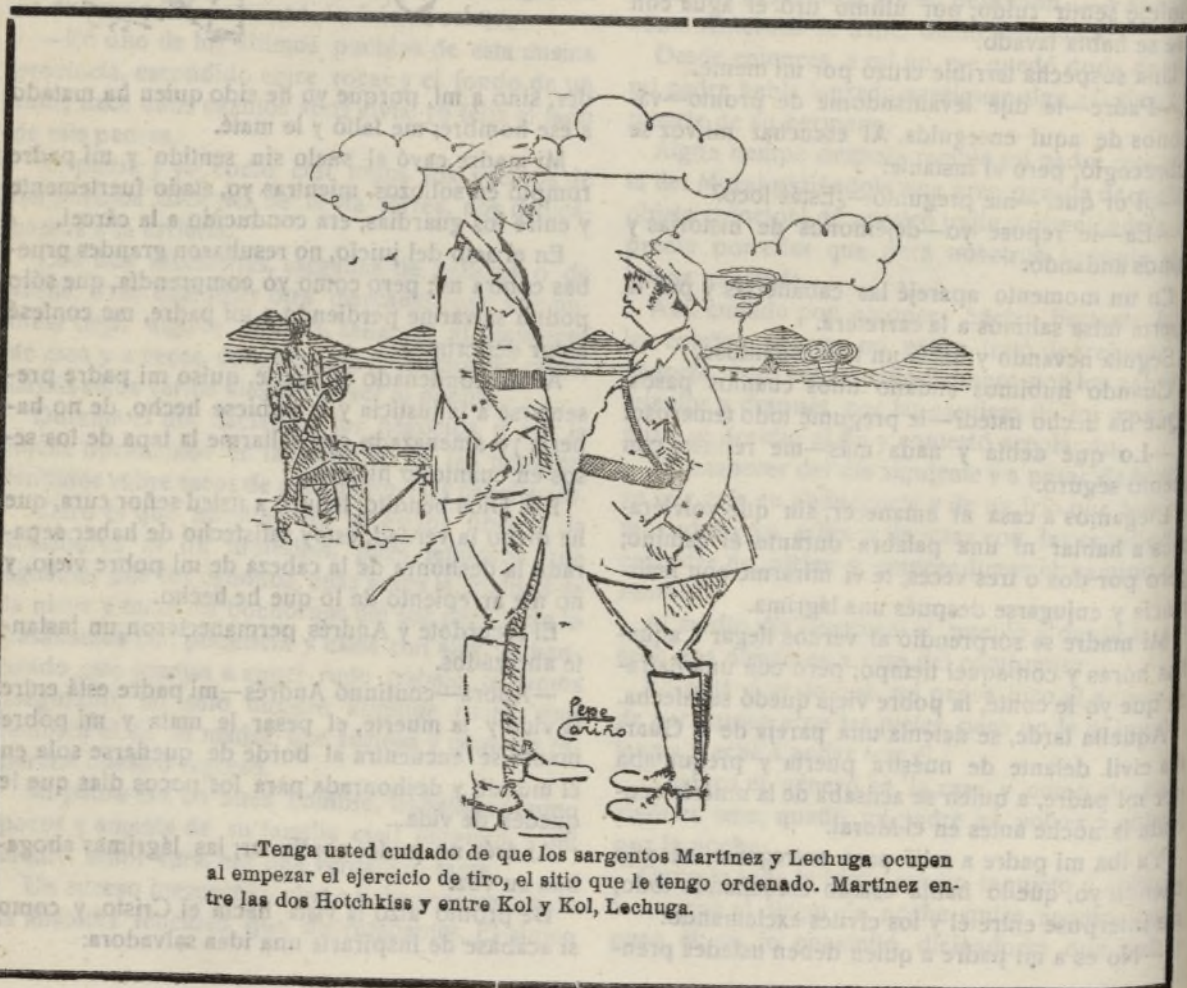
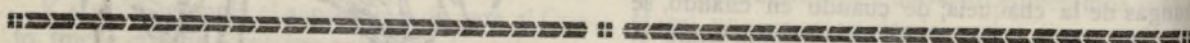
El sacerdote seguía en la misma postura de oración.

—¿Y el preso?—le preguntaron estupefactos.

—Por allí se ha marchado—repuso con tranquilidad, señalando la ventana.

—¿Y le ha dejado usted?...

—El Señor me dice que he cumplido con mi deber, si ustedes creen que he obrado mal, cumplan ahora con el suyo...



—Tenga usted cuidado de que los sargentos Martínez y Lechuga ocupen al empezar el ejercicio de tiro, el sitio que le tengo ordenado. Martínez entre las dos Hotchkiss y entre Kol y Kol, Lechuga.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

importaba a Daniel lo que dijese Estela. Lo que más le interesaba de sus conversaciones, lo que de ella verdaderamente le seducía eran sus palabras, la música de sus palabras sobre todo. Que se le burlase de la tierra querida o que hablase exageradamente el acento de su propio país, que llamase pichincha a la ganga o morochas a las morenas, que dijese macana o que dijese ricura, y Daniel sonreía arrobado, casi extasiado, insistiendo, admirativamente ahora, en la idea con que creía definirla:

--¡Es una sirena!

Pronto ampliaron sus ratos de charla, buscándose por la mañana también, y Daniel ya se levantaba acuciado por el temor de que se le pasase la hora. Volvían a verse luego, en el teatro, y absorbido enteramente por aquellos quehaceres tan dulces fué poco a poco abandonando sus graves asuntos y andando como por una existencia fastuosa, de cuento de encantos, donde no preocupan ni tienen realidad las miserias ni los cuidados de la vida.

La misma obsesión de su tierra no era ya tan grande, y comenzó a encariñarse con muchas cosas del país, con la libertad de que gozaban sus mujeres, con sus comodidades, con su lujo, con su optimismo de tierra nueva y generosa. Hasta el sol bárbaro del paseo, odiado hasta entonces por solidaridad afectiva con las brumas natales, llegó a merecerle amor. Era verdaderamente terrible. No permitía siquiera mirar los jarrones ni las estatuas ornato de los caminos, ni los lagos próximos convertidos en espejos deslumbrantes. ¿Pero qué le importaba el suplicio de su lumbré? ¿Cómo sentirlo siquiera si, ahuyentando a los pájaros y adormeciendo a los guardas, le dejaba solo, en medio de aquel paraíso, con Estela? ¿Le tomaría ella con tanta sencillez el brazo si hubiese testigos? ¿Reclinaría tantas veces, delante de gente, la divina cabeza sobre su hombro? ¿Le daría aquellos besos en otro silio?

Y Daniel siguió olvidándose de todo, viviendo tan sólo para sus charlas con Estela y la delicia de no saber hacia qué dulces abismos caminaba.

Una de aquellas tardes felices, cuando después del paseo llegó a su cuarto, encontró sobre el em-

bozo de la cama una carta de Armida. Todas las abría temblando, y entonces tembló también. Sólo que no de ansia como siempre, sino de miedo. Tratabase de una carta igual a las demás, mojada a trechos por las lágrimas, escrita con lápiz, con pluma, denotando una labor de días, una preocupación constante. Pero en sus cartas anteriores Armida se limitaba a darle ánimos, y ahora, por primera vez, le decía que no soportaba ya una separación de tanto tiempo. ¡A ver entonces si con la empresa de que le hablaba tenía suerte! Estaba haciendo una



novena para que Dios le ayudase, y soñaba con la carta bendita anunciándole su regreso...

Al alma de Daniel acudieron en violento tumulto mil evocaciones de la tierra olvidada. Pensó en la aldea querida, tan bella y tan dulce con su sencillez y tibieza de nido; en los paseos hasta aquella otra aldea donde cierta mujer incomparable vivía; en las claras noches de luna y de amor allí pasadas... Suspiró, y, tras otro suspiro que pareció rasgarle el pecho, reanudó la lectura interrumpida. Soñaba Armida con su vuelta, soñaba con verlo aparecer por entre los álamos que le guiarían, y de tanto mirarlos los conocía ya uno a uno. Y la frase siguiente le conmovió aún más: «Todos me encuentran delgadísima, pero no me importa, pues adelgazo por tí; lo único que no quisiera era morirme sin verte.»

Daniel, sin soltar la carta, se llevó las manos al rostro.

—¡Qué infame! ¡Qué infame! ¡Qué miserable soy!

En la impresión de los primeros momentos se propuso que terminasen cuanto antes sus devaneos con Estela. Para realizar la empresa de que Armida le hablaba, para regresar a su lado en el plazo prometido, necesitaba su tiempo todo, tenso continuamente el espíritu como la cuerda de un arco. No podía distraerse, y Estela le robaba horas, muchas horas. Esto aparte, en su trato con la criolla, en el gusto de oírla, parecía diluírsele la voluntad. Había que hacer un esfuerzo. ¿Pero cómo? ¿Cómo decirle que sólo la consideró un pasatiempo al cual renunciaba tan pronto su vida comenzaba a llenarse con preocupaciones más serias? ¿Por qué no aceptó entonces la amistad sin compromisos que ella le brindaba? Así y todo, aquella misma tarde se atrevió.

—Acaso debiéramos dejar esto.

—¿Por qué?

Daniel le habló de lo bella que era, de la influencia que iba teniendo en su vida, de su miedo a enamorarse cada vez más, como tantos otros... Ella, tranquila ya, sonrió alegremente.

—Y a que yo me porte contigo como con esos tantos, ¿no? Pues enamorate y no seas sonso.

No supo qué argüirle. La miró en los ojos como para leerle el alma, y balbuceó anhelante:

—¿Entonces, me quieres ya?

—¿Pero de veras necesitas que te lo diga? No creí que fueses tan torpe.

Apenas pronunciadas tales palabras se le apagó la sonrisa y se detuvo indignada consigo misma, como si le doliera haber hecho aquella confesión. Daniel callaba sorprendido. Y de repente le emocionó la criolla deteniéndose, plantándose delante, pasándole por la cara unas manos suavisimas.



—¡Ya ves! No lo creíste nunca, ¿verdad? Pues ya ves. Ya me ha llegado el día de decir lo que tampoco creí nunca decir a nadie.

¡Y cómo le miraba! ¡Cómo le clavaba en los suyos los ojos irresistibles! Daniel otra vez temió llegar a tanto. ¿Qué sería de él si aquella mujer realmente le amaba? ¿Qué del dulce amor de su aldea? Preguntó por qué le quería, alegó modestamente que él no valía nada, que no era nadie... La muchacha decidió refr.

—Acaso te quiera por lindo.

Cruzaba gente a su lado, pero no le importó. Volvió a pasarle las manos por la cara, le dio un beso lento y lánguido, cerrando los ojos como para mejor concentrarse en el goce de la intensa delicia. ¿Qué podía hacer Daniel después de esto? Esperar. Esperar a que el capricho pasase y otra impresión más fuerte en aquella alma facilitase las soluciones, librándole sin violencia de la cadena snave y terrible con que la criolla le iba alejando de tantas cosas hasta entonces tan amadas.

A veces, después de una palabra dulce que de pronto le decía, de un beso que, deteniéndose, le daba, se ponía a mirarlo muy fija, sonrientes los labios, sorprendidos los ojos,

—¡Mirá que yo metida en esto con un gallego!

Debía parecerle en cierto modo, una aberración, y Daniel que no desconocía el triste concepto allí tan extendido sobre las gentes de su tierra, acabó por indignarse contra quienes, con torpezas y acaso cosas peores, le dieron origen. ¿Qué habían hecho sus paisanos antes de que él llegase? ¿Por qué oía, con tanta frecuencia, la palabra querida de gallego empleada a manera de insulto contundente y terrible? Y una tarde, cuando así la aplicaron delante de Estela, al llegar a casa interrogó a Antón ferozmente:

—¿Qué habéis hecho en esta tierra para que la palabra gallego sea un insulto?

Antón se puso grave.

—No sé qué habrán hecho los demás—dijo dignamente—; pero mira lo que yo hice. Amansar un gran pedazo de campo inculto, poblarlo, levantar después esta casa, traer gente al país con el ejemplo de mi fortuna y crear este hotel y dar a los hijos que acá han de quedarse una educación de príncipes. Eso hice yo, que allá, como vos sabes, serraba pinos.

Al día siguiente entraba Daniel con Estela en las calles del centro, aún temprano, cuando delante de ellos un cochero estuvo a punto de atropellar a un transeunte. El cochero refrenó al caballo con brío: pero el transeunte, que de las patas del caballo surgía con una inmensa cartera bajo el brazo, le llamó animal. El cochero meditó un instante y dijo dulcemente:

—El animal puede que lo sea usted.

El otro también meditó. Quiso, sin duda, aplastar a quien así le insultaba, y Daniel se puso lívido, pensando:

—¿A que le llama gallego?

Se lo llamó, en efecto; le lanzó la palabra como si le arrojase una piedra. Entonces acudió Daniel, deseando hacer de una vez un escarmiento delante de Estela.

—¡Oiga usted! ¿Qué tiene que decir de los gallegos?

Pero no pudo hacer escarmiento ninguno. El hombre de la cartera le miró sorprendido y balbuceó que estaba terriblemente apurado. Ya le explicaría si no. Pero en aquellos momentos le era imposible...

—Usted explica ahora mismo...

—No puedo, de verdad. Me van a cerrar el Banco...

Perdióse, sin otra palabra, entre la muchedumbre, y Daniel fué callado algún tiempo, rumiando su indignación. Estela se acercó a consolarle con frases y caricias en las cuales creyó advertir un fon-

do incómodo de lástima. Entonces la idea concebida en el baile y luego abandonada volvió a inquietarle. Por patriotismo, por galleguismo, ¿no tendría acaso la obligación de conseguir, de una criolla magnífica como aquella, ciertas bondades? ¿Estaría tan bien! ¡Y quién sabía! En las palabras con que Estela tanto continuaba embelleciéndole la existencia comenzó a notar un cambio extraño. Su música era la música dulce de siempre, pero la voz se quebraba ligeramente al hablarle, se hacía cálida, como si dentro del espíritu se estuviese realmente fundiendo la nieve que hasta entonces había impedido amar a aquella criatura.

La sorprendía a veces mirándole a hurto, clavados en él los ojos con una atención grave. ¡Quién sabía! Estela llegó a jurarle con palabras vehementes, llenas de sinceridad y emoción, que a nadie quiso de veras, que en la historia de su interés por el italiano no había nada aparte de cuanto entonces le dijo. Procuró salvar a aquel hombre por compasión únicamente. Si se tratase de un desconocido puede que se hubiese comportado del mismo modo: aún nadie sabía cómo era, qué corazón tenía. Y Daniel fué convenciéndose poco a poco de la virginidad de este corazón que, interesado de veras y por motivos superiores a la lástima, sería capaz sin duda de todos los atrevimientos y las arrogancias todas.

Vaciló, no obstante. Solos tanto tiempo, con todo cuanto de ella sabía y cuanto además se imaginaba, la criolla seguía infundiéndole un respeto extraño. Rechazó otra vez la idea atrevida y se obstinó en esperarlo todo, la liberación y la dicha, de que el capricho pasase y la impresión más fuerte viniera. Pero no venía y le estaba haciendo ya una falta terrible. Aquella situación no podía realmente prolongarse. Era demasiado bella la criolla para resistir, sin esperanzas de calmarlas nunca, las excitaciones de sus miradas, de sus sonrisas, de su cuerpo todo, que parecía prometer también una felicidad inefable....

Continuaban viéndose en el parque, y el sol de aquel estío, tan rudo con todas las demás cosas del lugar, se conducía de muy diferente manera con la muchacha. Lejos de alterarle la belleza creyérase que se la aumentaba, sobre todo cuando caía de lleno sobre ella y la rodeaba y la envolvía y no parecía que Estela atravesase la luz del sol, sino un verdadero incendio, un incendio que la embellecía aún más, que exaltaba toda su belleza magnífica sin el menor daño para los más delicados matices. Cuando esto ocurría Daniel rezagaba su paso para mejor contemplar el espectáculo divino. Estela seguía, esbelta y rítmica. Los rayos luminosos parecían

adelgazar, sutilizar más aún la tela escasa que la vestía, y, haciéndola casi transparente, mostraba el contorno impecable de la estatua, y, a veces, sombras perturbadoras.

Viéndola así, el alma de Daniel volvía la idea tantas veces acariciada y tantas ahuyentada tenazmente. La emoción le hacía perder algo de su respeto. Corría entonces para reunírsele y la besaba de tal modo que ella se le quedaba mirando, reprimiéndole con voz de sorpresa y de susto:

—¡Che!

Pero nada más ocurría. El ansia equivoca que le alentase no estaba en el tono de aquella voz ni en las miradas de aquellos ojos. No estaba siquiera allí la expresión de persona que adivina y aparenta ofenderse de un efecto buscado, dando pie para las audacias que tras la protesta se resolviesen, como la tarde inolvidable del jardín, en una actitud de aceptación y vencimiento. El fuego de aquellos ojos se hacía únicamente caricia como en premio de un amor tan apasionado. Las palabras eran después dulces, acariciadoras también, pero sólo palabras de novia verdadera, pura y sencilla... Otra idea comenzaba a levantarse entonces en el espíritu de Daniel. ¿Y si la nueva impresión en que confió para libertarse no venía? ¿Y si era verdad que aquella mujer le amaba con toda su alma ardiente, capaz de perdonarle su origen humilde y de aceptar la vida humilde que él pudiese ofrecerle? Y se alejaba pensando, no sabía ya si verdaderamente a disgusto:

—¡A ver si acabo por quedarme aquí!...

Pronto iba a inaugurarse el pueblo de Iturbe, y Daniel, durante algunos días, apenas dispuso de tiempo para otra cosa. Casi no veía a Estela. Escribió muy poco a la novia, y el disgusto que con su carta le diera fué diluyéndose en tantos cuidados como ya enteramente le absorbían. Inauguróse finalmente el pueblo, que, en efecto, llevaba el nombre de la Pola de Ancares, con una fiesta suntuosa, como se inauguraba todo en el país, y para la cual hasta medallas conmemorativas se acuñaron. Un tren especial y de lujo sacó de Buenos Aires a los excursionistas y fué a detenerse en un paraje yermo, sembrado de cardos y desde donde casi no se alcanzaba a ver otra cosa que la desolación de los campos secos.

Los conocedores del país aseguraban que ni un año tardaría en realizarse la transformación más asombrosa del sitio. Antes del año, las casas erguidas, los jardines plantados, las fuentes manando su agua. Pero el que más y el que menos de los presentes tenía ya un pueblo hecho del cual acordarse,

y la tristeza del yermo fué poco a poco adueñándose de las almas. El *champagne* que se sirvió bajo la Iona de una carpa no trajo alegría alguna al recinto. Los discursos con que se celebró la inauguración de Iturbe creyéranse discursos de un funeral. Y cuando el doctor Yáñez, paisano de Iturbe, nació también en la Pola de Ancares, prometió ser de los primeros en edificar la casa, lo hizo con frase terrible.

—Sólo por el nombre, Anselmo. Vivir en un sitio que se llame la Pola ya será un alivio...

Iturbe, sonriendo con agrado, prometió otras satisfacciones para aquella nostalgia. Iba a sembrar pinos, iba a traer de la comarca nativa, piedra y piedra, una iglesia y un crucero. Acaso se animase incluso a convertir en realidad la locura de cierto amigo de Pumariega colocando una montaña detrás del templo. Pero el doctor Yáñez, insaciable, aún pedía más.

—¿No pudiera hacerse algo como un río?

—Me hablaron de eso también.

Y sonrió.

—¡Un río! ¡Un río con sus barcas, con sus puentes, con un molino que cantase!

Yáñez, animándose, daba facilidades:

—Y sin tanto. Un riito sin puentes ni molino, ni nada. Yo creo que no costaría mucho. Un arroyo cualquiera, con sauces, eso sí, para los mirlos...

—Y donde hubiese nidos que buscar...

Viéronse relucir los ojos del doctor Yáñez, felices, humedecidos.

—¡Los buscaba, mira!

Por la noche, Daniel pensó mucho en el padre de Estela, que no pudiendo acostumbrarse al país donde vivía edificaba para su consuelo un remedo del pueblo querido. Pensó en el doctor Yáñez, que con tantos años en aquella tierra, donde había triunfado, donde se hizo rico, donde tanto respeto supo conquistar para su nombre, aún tenía necesidad de compensaciones nostálgicas. ¿Qué país era aquel? ¿Por qué no lograba conquistarse nunca el amor verdadero de quienes tanto le debían? Y decidió con ímpetu:

—No, de aquí hay que huir tan pronto se pueda...

Desgraciadamente, la empresa en que tanto confiaba quedó como detenida al poco tiempo. El propio doctor Yáñez, tan entusiasta de la obra, que tan ardientemente había prometido edificar la primera casa de la nueva Pola, ni el terreno compró siquiera. Los días pasaron, no se vendió ningún otro, y el fundador de la empresa aterró a Daniel.

—Va a haber que gastar dinero en una propaganda grande.

La propaganda tampoco dió resultado. Comenzó